

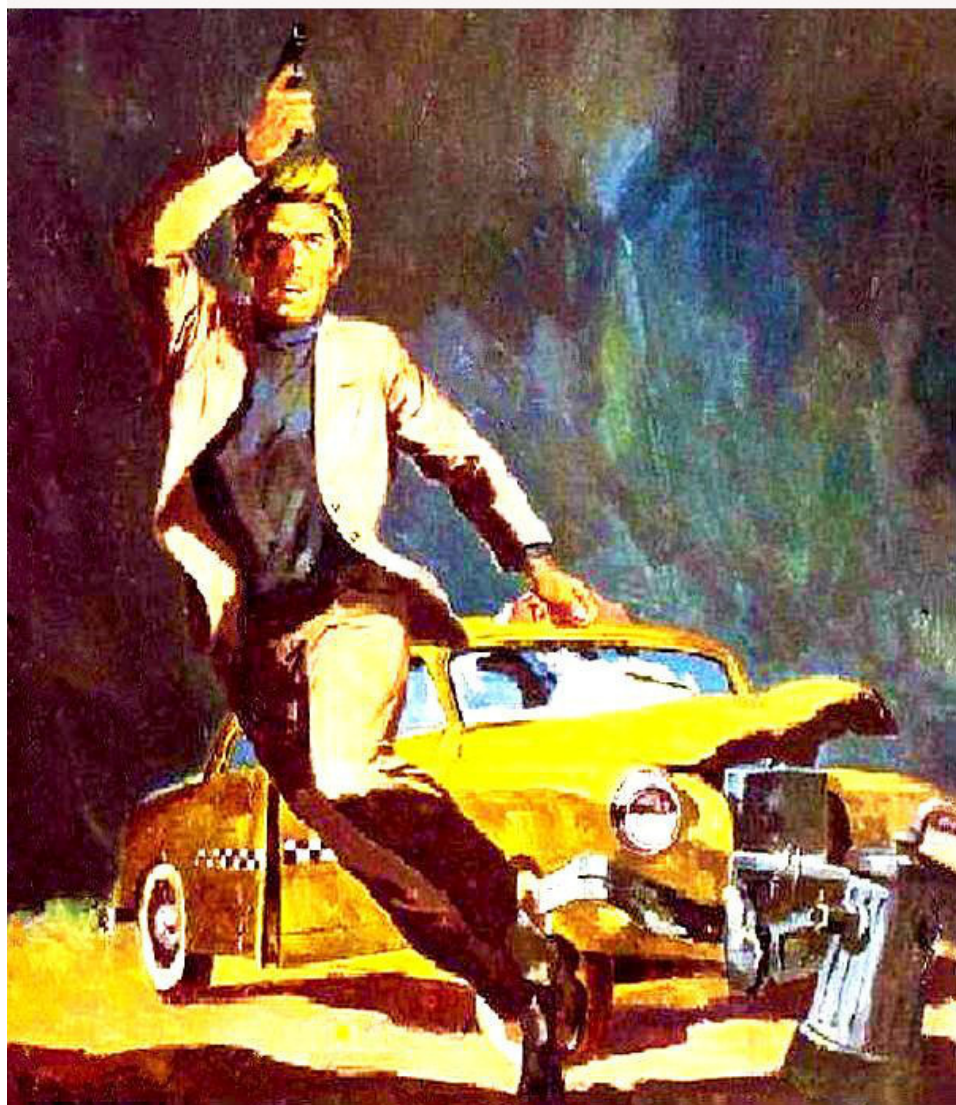
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

tiempo de morir

adam surray



Harold Hawkins alzó el vaso de *whisky*.

Con una amplia sonrisa en los labios.

—Eres el primero en saberlo, Warren. Nancy aún no quiere que se conozca nuestro compromiso; pero es cosa hecha. Poco a poco irá tanteando el terreno con su padre. ¿Te das cuenta? ¡En un futuro próximo me convertiré en el yerno del gran Peter Tuchner! Dejaré de ser un vulgar empleado de la Tuchner Paper para pasar a máximo dirigente de la compañía. El viejo Tuchner pronto cederá el mando y... ¿Qué diablos te ocurre, Warren? Cualquiera diría que te estoy comunicando el fin del mundo.



Adam Surray

Tiempo de morir

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1296

ePub r1.0

Lds 18.07.18

Título original: *Tiempo de morir*

Adam Surray, 1975

Cubierta: Enrique Martin

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Harold Hawkins alzó el vaso de *whisky*.

Con una amplia sonrisa en los labios.

—Eres el primero en saberlo, Warren. Nancy aún no quiere que se conozca nuestro compromiso; pero es cosa hecha. Poco a poco irá tanteando el terreno con su padre. ¿Te das cuenta? ¡En un futuro próximo me convertiré en el yerno del gran Peter Tuchner! Dejaré de ser un vulgar empleado de la Tuchner Paper para pasar a máximo dirigente de la compañía. El viejo Tuchner pronto cederá el mando y... ¿Qué diablos te ocurre, Warren? Cualquiera diría que te estoy comunicando el fin del mundo.

Warren Boyd, en efecto, no parecía compartir el entusiasmo de su interlocutor. Su rostro permanecía sombrío. Con los ojos entrecerrados y la cabeza levemente inclinada. Como si temiera enfrentarse a la jovial mirada de Harold Hawkins.

—Nada de eso, Harold... Es una buena noticia.

—¡Seguro! Mi boda con Nancy Tuchner será a finales de verano. Así lo ha decidido ella. Quiere celebrarla cuanto antes. ¡Más de uno se llevará una sorpresa! ¿Imaginas la cara del orgulloso Jack Hefferman? Desde su pedestal de administrador jefe haré que me limpie los zapatos... Muchos pagarán las humillaciones que he padecido. No dirás nada a nadie, ¿verdad, Warren? Nancy quiere mantener el secreto hasta que su padre regrese de Chicago. Entonces le hablaré de nuestros proyectos. El viejo Tuchner no se opondrá a ellos. ¡Nancy sabe manejarlo!

Harold Hawkins rió en sonora carcajada, a la vez que se encaminaba hacia el mueble bar. Atrapó una botella de «Johnnie Walker», llenando por segunda vez el vaso.

—¿Otro *whisky*, Warren?

—No.

Hawkins contempló fijamente a su acompañante.

Warren Boyd. De treinta y cinco años de edad. Figura ya destacada en el mundo de la medicina. Considerado como uno de los mejores médicos cirujanos de California.

—¿Ocurre algo, Warren...? Te encuentro distante. Eres mi amigo. Mi mejor amigo. Creí que te alegraría conocer mi compromiso con Nancy. En parte te lo debo a ti. Tú me proporcionaste el trabajo en la Tuchner Paper.

Warren Boyd se incorporó del sillón.

De uno de los bolsillos de la chaqueta extrajo nerviosamente la cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo comenzando a pasear por el reducido salón.

—Tengo que comunicarte una mala noticia, Harold. Algo sorprendente... y horrible.

La edad de Harold Hawkins era aproximada a la de Boyd. Rostro anguloso de facciones poco definidas. Sólo sus ojos poseían un sempiterno y extraño brillo.

—¿De qué se trata?

—Llevo todo el día tratando de localizarte. Desde primeras horas de la mañana.

—Pasé el día con Nancy. Fuimos al Bosque Muir. Luego una romántica cena en Doros y baile en Nob Hill. Fue allí donde Nancy decidió dar a conocer a su padre nuestro compromiso.

—¿Sabes qué hora es, Harold?

Hawkins sonrió consultando su reloj de pulsera.

—Faltan... ocho minutos para las dos de la madrugada. Un poco tarde.

—Cierto, Harold. ¿No te sorprendió verme esperándote a la puerta del apartamento?

—Sinceramente, no. Estaba demasiado emocionado con lo de Nancy para reparar en ello. Supuse que querías tomar unas copas y conversar.

—¿A las dos de la madrugada? No, Harold..., no son horas de visita; pero debo comunicarte algo que no admite demora alguna. De ahí que te buscara durante todo el día y no me importara esperarte parte de la noche.

Warren Boyd se aproximó a la mesa que adornaba el centro de

la estancia. Sobre ella se veía un negro portafolios. Lo abrió para extraer un sobre de grandes dimensiones.

Lo tendió hacia Hawkins.

—¿Qué es, Warren?

—Tu *dossier* médico. Todo lo concerniente al chequeo que te realicé la semana pasada.

—¿Has averiguado a qué se deben mis persistentes dolores de cabeza?

—Estás enfermo, Harold. Muy enfermo.

Hawkins sonrió.

Indiferente al grave tono de voz utilizado por Warren Boyd.

—Okay. Seguiré tus consejos y me haré visitar por un psiquiatra. ¿Satisfecho?

—Ya no se trata de eso, Harold. Cierto que cuando regresaste de Vietnam debiste someterte a tratamiento psiquiátrico; pero lo de ahora es diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Padeces cáncer, Harold. Un tumor maligno en el cerebro. En avanzado estado.

Harold Hawkins palideció.

Sus labios balbucieron:

—¿Cáncer...?

—Sí, muchacho. Te queda poco tiempo de vida.

En el lívido rostro de Harold Hawkins se dibujó una estúpida mueca. Forzó una sonrisa.

—Estás bromeando..., ¿no es cierto, Warren?

—Desearía que así fuera, Harold; pero es la amarga verdad. — Boyd abrió el voluminoso sobre—. Sin margen para la esperanza. Los resultados obtenidos no pueden ser más desalentadores.

—Tal vez se trate de un error, Warren..., alguna equivocación en...

—No, Harold. Soy un profesional. En estos casos extremos me cercioro una y otra vez antes de dar el informe. He estudiado tu *dossier* con otros colegas y no existe duda alguna.

—¿Qué se puede hacer?

—¡Por Dios, Harold...! ¿Aún no lo comprendes? Tienes un tumor maligno en el cerebro. ¡Cáncer! Ya no es cuestión de la ciencia ni el buscar a los mejores especialistas. Ya es demasiado tarde. No hay

salvación, Harold. ¡No es posible! Puedes comprobar en el *dossier* el avanzado grado de...

Harold Hawkins arrojó las cartulinas que le eran ofrecidas.

Furioso.

Con el rostro desencajado.

—¡Soy un profano, Warren! ¡No entiendo nada de estos malditos análisis y radiografías! ¡Sólo quiero vivir! ¡Vivir! Es falso... todo es mentira... ¡No estoy enfermo!

—Lo lamento, Harold... Tal vez no debí comunicarte la verdad; pero era mi obligación. Seguiremos hablando mañana. Con más tranquilidad. Aquí te dejo unos comprimidos. Te ayudarán a conciliar el sueño.

Warren Boyd atrapó su portafolios.

Iba a encaminarse hacia la salida del salón, pero Harold Hawkins le cortó el paso. Su rostro estaba ahora perlado por diminutas gotas de sudor. Con temblorosas y crispadas manos, aferró las solapas de Boyd.

—Warren..., ¿no... no hay salvación?

—Puedes consultar con otros especialistas.

—¡Tú eres el mejor, Warren!

—Mi respuesta ya la conoces.

Los engarfiados dedos de Hawkins cesaron de sujetar la chaqueta de Warren Boyd. Sus manos resbalaron hasta quedar pegadas al cuerpo.

La voz de Hawkins fue un susurro apenas audible.

—¿Cuánto tiempo, Warren? ¿Un mes? ¿Una semana? ¿Tal vez menos...?

—Imposible concretar. Aunque, por desgracia, es muy poco tiempo el que queda. Todo empezará vertiginosamente. Con cruel rapidez. Los dos últimos días serán de intenso sufrimiento. De infinito dolor.

—No puedo soportar el dolor, Warren... ¡Tú lo sabes! ¡Sabes lo que me ocurrió en Vietnam! Allí me salvaste la vida... y ahora..., ahora...

—Voy a estar en permanente contacto contigo, muchacho. Cuando empiecen los primeros dolores te suministraré calmantes y...

Hawkins le interrumpió.

Con angustiosa voz.

—No quiero morir, Warren..., no quiero morir...

—Debes enfrentarlo con entereza, Harold. Con la misma energía que demostrabas en Vietnam. Tú mismo lo decías... Hay que saber morir. ¿Lo recuerdas?

—Toda mi vida he sido un fracasado, Warren. Si conseguí entrar en la Tachner Paper fue por tu recomendación. Ahora, cuando mi boda con Nancy podía proporcionarme todo lo ambicionado, es el momento de morir. Gracioso, ¿verdad?

Boyd inclinó la cabeza.

Sin saber qué responder.

Fue el propio Harold Hawkins quien rompió el tenso silencio.

—Déjame solo, Warren... Necesito pensar.

—Ahora voy al Carson Hospital. Estaré allí el resto de la noche. Si me necesitas no dudes en llamar.

—Así lo haré.

Se encaminaron al *living*.

Harold Hawkins abrió la puerta.

—Harold, yo...

—Adiós, Warren. No te preocupes por mí.

El doctor Boyd abandonó el apartamento.

Harold Hawkins, tras cerrar la puerta, retornó al salón. Sus ojos se posaron en las cartulinas diseminadas por el suelo. Análisis completos, radioscopia general eletrocardiogramas, prueba de isótopos radiactivos...

Hawkins no se molestó en recogerlos.

Atrapó la botella de *whisky*, dejándose caer en uno de los sillones. Una de las cartulinas destacaba sobre la alfombra. Era de diferente color. Estaba mecanografiada.

Se apoderó de ella.

Era una especie de sinopsis. El resumen de un rutinario chequeo médico que culminó con fatídico resultado.

Cáncer.

Tumor maligno en el cerebro.

También allí se narraban los síntomas precedentes a la muerte. Espasmos, fuertes dolores, vómitos...

Harold Hawkins arrojó la cartulina.

Su mirada quedó ahora fija en el tubo de comprimidos. Veinte

tabletas. Suficientes para un sueño eterno.

Hawkins rememoró sus dos años en Vietnam.

Los horrores de aquella guerra.

Sonrió.

Sin soltar la botella de *whisky* se incorporó, dirigiendo sus pasos hacia el dormitorio. Abrió uno de los cajones de la mesa de noche. Su diestra se apoderó de una «Super-Star».

Acarició la pavonada culata.

Se tumbó en el lecho. Con la «Super-Star» entre sus manos. Cerró los ojos. Imágenes del pasado desfilaron por su mente. Recuerdos muy lejanos.

Sí.

Debía recordarlo todo.

Siempre fue un fracasado, pero la culpa no era enteramente suya. Habían influido en su desgracia.

¿Quiénes?

Harold Hawkins volvió a sonreír.

Debía redactor una corta lista. El tiempo era escaso. ¿Una semana de vida?

Cuando Hawkins abrió nuevamente los ojos, ya las primeras luces del día se filtraban en su habitación.

No había dormido.

Simplemente recordó diferentes episodios de su vida.

Cuatro nombres habían quedado grabados en su mente.

Cuatro eran los sentenciados.

Los que le acompañarían en su viaje al Más Allá.

CAPÍTULO II

La muchacha se aproximó a la mesa con ondulante movimiento de caderas.

No era deliberado.

Aquel provocativo ondular de Kitty era innato. Propio de una chica todo curvas. Y ella las tenía. Muy bien colocadas. Sin que el obligado uniforme del *snack* pudiera ocultarlas.

Llegó ante la mesa, procediendo a retirar el servicio.

—Te va a caer la baba, Barry.

Barry Kingsley asintió.

Instintivamente.

—Sí, nena...

—¿Vas a tomar alguna otra cosa?

Los ojos de Barry Kingsley eran de un gris casi incoloro. El rostro, sin resultar atractivo poseía correctas facciones. Sus movimientos lentos y pausados no correspondían a su atlética complexión. Frisaba en los treinta años de edad. Vestía chaqueta *sport* de moderno corte, jersey de cuello alto y elegante pantalón.

Su mirada recorrió el cuerpo de la joven.

—¿Puedo tomar lo que quiera?

Kitty enrojeció.

Furiosa.

—Eres deliciosamente repulsivo, Barry. Al igual que tus nauseabundos artículos en *The Crow*. Todos ellos tienen la virtud de hacer vomitar.

Kingsley sonrió como si hubiera recibido un cumplido.

—Celebro que te gusten, Kitty. ¿Cenamos juntos esta noche?

—¡Vete al diablo!

La muchacha sacó un talonario para redactar el correspondiente

ticket de consumición. Lo arrojó sobre la mesa, alejándose de inmediato.

La cínica sonrisa no desapareció del rostro de Barry Kingsley. Comprobó el importe añadiendo un dólar de propina.

Kitty se lo merecía.

El último cigarrillo de la cajetilla de «Winston» fue a los labios de Kingsley. Se incorporó, dirigiendo sus pasos hacia la salida del *snack*. Consultó la esfera del reloj a la vez que ahogaba un bostezo.

Un nuevo día empezaba en San Francisco.

Hombres y mujeres deambulaban presurosamente por las calles. Sorteando la riada de coches que contribuían a contaminar la ya viciada atmósfera.

La jornada laboral comenzaba.

Para Barry Kingsley era la hora de retirarse a dormir. Había terminado su trabajo en la redacción de *The Crow*.

Recorrió California Steet. Antes de llegar al cruce con Jones Street, se detuvo en una máquina automática de cigarrillos.

Giró con la cajetilla entre las manos. Al hacerlo, tropezó con el individuo que se hallaba junto el buzón de correos.

—Disculpe mi... ¡Harold!

Harold Hawkins, con una bolsa de viaje en su mano izquierda y un rectangular sobre en la diestra, parpadeó repetidamente.

—Barry... Eres Barry, ¿verdad?

Hawkins guardó el sobre en uno de los bolsillos de la chaqueta para estrechar fuertemente la mano de Barry Kingsley.

Los dos hombres sonrieron.

—¡Seguro! Tú no has cambiado, Harold. ¿Qué haces en San Francisco?

—Es mi domicilio habitual, Barry. Estoy aquí hace años. Desde que regresé de Vietnam. Te escribí a Nueva York.

—Abandoné aquella pocilga. Llevo algún tiempo dando vueltas por California.

—Yo marchó ahora a Nueva York —dijo Hawkins, consultando la esfera de su reloj—. Me disponía a buscar un taxi para desplazarme al aeropuerto.

—Ya no es necesario, Harold. Yo te llevaré. Tengo mi auto en la esquina.

—Oh, no... no quiero molestarte. Tendrás trabajo y...

—Soy libre como un pájaro. No se hable más, Harold. Te llevaré al aeropuerto. Así tendremos oportunidad de hablar. ¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos? ¿Diez años?

—Desde mi marcha al Vietnam. Fue en el año 1966.

—Cierto... Cruzamos algunas cartas.

Harold Hawkins sonrió.

—Las recibí, Barry. Al igual que tus paquetes. Te lo agradecí. En aquel infierno era agradable recibir noticias de los amigos. Tú eras el único en escribirme.

—Lo tuyo con Judith terminó definitivamente, ¿verdad?

El rostro de Hawkins se crispó.

Fue una mueca fugaz.

Reaccionó con forzada sonrisa.

—Demasiado sabes que sí.

Llegaron ante un viejo «Ford». Un auto de la serie «Torino», modelo del año 1970.

Kingsley abrió la portezuela.

Los dos hombres se acomodaron en el interior del vehículo.

El tapizado y salpicadero estaban de acorde con la antigüedad del auto.

—¿No te van bien las cosas, Barry?

Kingsley rió, iniciando la maniobra de arranque.

—¿Lo dices por el auto? Le he tomado cariño, Harold; pero un lustro de éstos lo cambiaré por un «Chevrolet». ¿Y tú? ¿Cómo te ganas la vida?

—Soy ejecutivo de ventas en la Tuchner Paper.

—¡Diablos! He oído hablar de esa compañía. Una de las más importantes de California. Te felicito.

Harold Hawkins se reclinó en el asiento.

Entornó los ojos semiocultando así aquel extraño y sempiterno brillo. Su mirada se posó fijamente en Kingsley.

—¿Sigues de detective privado, Barry?

—Me retiraron la licencia.

—¿Por qué?

—Cometí la estupidez de ser honrado. Sí, Harold... Ésa fue la causa. Nueva York está podrido. Corrupción y soborno en las altas esferas. Descubrí que un pez gordo mantenía una fabulosa red de tráfico de drogas. Acudí a la policía con aplastantes pruebas; pero

esas pruebas desaparecieron misteriosamente y el «pez gordo» me acusó de difamación.

—Puedes actuar en California, ¿no?

Barry Kingsley chasqueó la lengua.

—Apenas llegar, ya encontré problemas. Un fulano estaba pisoteando las tripas de una mujer en un tugurio de Chinatown. Le hice saltar un par de dientes. El fulano resultó ser teniente de Homicidios. Fue un error mío. No me percaté de que el pisotearle las tripas a la chica formaba parte de un fino interrogatorio. Lo de detective privado se fue al cuerno. Al menos por el momento. Ahora escribo en *The Crow*.

—¿*The Crow*?

—De algo hay que vivir, Harold. *The Crow* es una publicación de gran tirada y éxito. Incluso recientemente dejó de ser semanal. Ahora aparece a la venta cada dos días. No faltan las noticias para ese tipo de publicaciones. Ya la conoces, ¿verdad? *The Crow*, especializada en crónica negra. Asesinatos, secuestros, violaciones... toda la maldad y violencia del ser humano es recogida con gran entusiasmo en las páginas de *The Crow*. Soy uno de los principales colaboradores. Cuatro secciones fijas para mí. Por supuesto escribo bajo pseudónimo. Relato los sucesos recientes y otros son de mi invención. Narraciones cortas de terror. Cuanto más escalofrantes y sangrientas, más disfrutan los lectores. Les suministro grandes dosis de basura.

—Te lo advertí, Barry.

Kingsley desvió momentáneamente su atención del volante para dirigir una rápida mirada a Harold Hawkins. Volvió a fijar sus ojos en el parabrisas. El auto circulaba ya por Harrison Street. Pronto enlazaría con la populosa Central Freeway.

—¿Advertirme? ¿A qué te refieres?

—¿No recuerdas nuestra adolescencia en Nueva York? En East River. La zona más miserable de Manhattan. Entre ratas. Ambos deseábamos salir de allí.

—Y lo conseguimos, Harold.

—Sí, pero ya estábamos marcados. Con el hierro de los fracasados. Jamás lograríamos triunfar. Habíamos nacido para perder.

—Un momento, Harold... Yo no he fracasado como detective

privado. Precisamente por ser demasiado bueno me retiraron la licencia. En cuanto a lo de ahora, mi trabajo en The Crow, el sueldo es magnífico. Ciertamente que no me acaba de complacer rebuscar basura para el público; pero son muy pocos los contentos con su trabajo. Actualmente tengo otra oferta. Un editor se ha interesado por mis artículos en The Crow. Quiere que pase a formar parte de su grupo de escritores.

—¿Inventando más basura?

Barry Kingsley ahogó un suspiro.

Asintió con leve movimiento de cabeza.

—Okay. Tú ganas, Harold. Lo mío es ser detective privado. Llegué a ser uno de los más cotizados de Nueva York. ¿Un fracasado...? Es posible. Ese editor me ofrece por cada novela un precio fabuloso. Ganaré más que en mi época de detective. Sólo que, al afeitarme, cuando vea mi imagen en el espejo, tal vez no resista los deseos de vomitar.

—También yo he fracasado, Barry.

Kingsley apretó el pedal del gas.

Podía hacerlo.

El auto circulaba ya por la autopista que conducía al aeropuerto.

—Apuesto a que no bajas de los veinte mil dólares anuales. Es la tarifa mínima para cualquier ejecutivo de la Tuchner Paper.

—Por supuesto que los sobrepaso, Barry.

—¡Maldita sea! ¿Y aún te consideras un fracasado?

Harold Hawkins no replicó.

Quedó en silencio.

Con la mirada ausente.

Cuando reanudó la conversación, su voz sonó ronca. Cargada de profundo rencor.

—La suerte siempre me fue adversa, Barry... Tú lo sabes. En Nueva York pude encontrar la felicidad. La tuve al alcance de la mano. Igual me ocurrió aquí, en San Francisco. Ahora ya no buscaba la felicidad, sino el poder. Me dominaba la ambición. Poseer una fortuna tan grande como la miseria padecida en East River.

—No has cambiado, Harold —rió Kingsley, deseando suavizar la conversación—. Sigues igual de pesimista y con ideas raras.

Ya habían llegado a Aeropuerto Internacional de San Francisco.

Los veinticuatro kilómetros de distancia fueron recorridos en menos de una hora. Tiempo récord, considerando el infernal tráfico existente.

Barry Kingsley consiguió estacionar en el *parking*.

Los dos hombres penetraron en la terminal.

—Voy a recoger mi boleto, Barry. Hice la reserva por teléfono.

—¿Esa bolsa es todo tu equipaje?

—Sí. Mi estancia en Nueva York va a ser muy corta. ¿Me esperas en la cafetería?

—De acuerdo.

Barry Kingsley adquirió uno de los periódicos matutinos, encaminándose hacia la cafetería señalada por Hawkins.

Su espera se prolongó durante diez minutos.

Solicitaba un segundo *brandy*, cuando vio aparecer a Harold Hawkins. Avanzaba manipulando en una cajetilla de «Dunhill». Ofreció un cigarrillo a Kingsley.

—Disculpa mi tardanza, Barry...

—No tiene importancia. ¿Tomas algo?

Hawkins denegó con un movimiento de cabeza.

—Debo acudir ya hacia la zona de embarque. He estado pensando en tu situación. Yo puedo proporcionarte argumento para unos artículos que causarán sensación.

—¿De veras?

—Sí, Barry. Sólo tienes que seguir mi rastro.

Kingsley, que no parecía tomar muy en consideración las palabras de su amigo, arqueó las cejas.

—¿Tu rastro? No comprendo...

—Tampoco yo puedo explicarte más. —Hawkins llevó su diestra al bolsillo de la chaqueta. Extrajo el rectangular sobre—. En el momento de encontrarnos iba a enviar esta carta. Me olvidé de ella.

—Yo lo haré por ti.

—Ya está franqueada. Servicio especial con tarifa urgente.

—Okay.

Barry Kingsley atrapó el sobre ocultándolo en uno de los bolsillos.

—Ahí tienes un buen tema para *The Crow*.

—¿En la carta?

—Sí, Barry. Tienes mi consentimiento para abrirla antes de

depositarla en el buzón. Apuesto que te interesará.

—Oye, Harold... Todo esto es...

Harold Hawks tendió su mano derecha en señal de despedida.

Cortando así las palabras de Kingsley.

—Acaban de anunciar mi vuelo, Barry. Ha sido un placer encontrarnos de nuevo.

—Bien..., al menos sé dónde localizarte. Dentro de unas semanas te telefonearé a la Tuchner Paper. ¿Te parece?

Hawkins sonrió.

En extraña mueca.

—No pienso volver por Tuchner Paper, pero no te preocupes. Estaremos en contacto. No dudo de que seguirás mi pista. Eres un buen detective. Hasta pronto, Barry.

Harold Hawkins se alejó precipitadamente.

Dejando a Kingsley con la boca entreabierta. Sin darle tiempo a corresponder a la despedida.

Barry Kingsley terminó por encogerse de hombros.

Sí.

Harold siempre había sido un tipo raro.

Abonó la consumición, dirigiendo sus pasos hacia la salida de la terminal.

Por los altavoces dieron el segundo y definitivo aviso a los pasajeros del vuelo San Francisco-Nueva York. La salida era inmediata.

Kingsley ya se hallaba en la zona de *parking*.

Se acomodó frente al volante de su «Torino», emprendiendo el regreso a la ciudad.

A mitad de trayecto, cuando rebuscaba en los bolsillos la cajetilla de tabaco, su mano derecha tropezó con la carta entregada por Hawkins.

Decidió echar un vistazo al destinatario.

Estaba escrito a máquina.

«Judith Mahoney.

436 Sweet Street.

Nueva York. N. Y.».

El auto casi se sale de la autopista. Barry Kingsley consiguió controlarlo, fijando la mirada en el parabrisas; pero su mente repetía una y otra vez aquel nombre.

Conocía al destinatario de la carta.

Judith Mahoney.

La mujer que hace años engañó cruelmente a Harold Hawkins.

Barry Kingsley volvió a dirigir una rápida mirada al sobre que ahora reposaba en el asiento contiguo.

¿Qué podía contener aquella carta que significaba tema para un artículo en The Crow?

Kingsley no dudó más.

De ser otro el destinatario, posiblemente hubiera hecho caso omiso a las absurdas e incongruentes palabras de Hawkins.

Pero una carta para Judith Mahoney le intrigaba.

Se detuvo hacia la cuneta para detener el auto en un ramal paralelo a la autopista.

Cogió nuevamente el sobre.

Utilizando una pequeña llave fue abriendo el sobre procurando no desgarrarlo.

Tan sólo contenía una cartulina.

Con unas breves líneas.

Judith:

Ha llegado el momento de saldar viejas cuentas. Te visitaré muy pronto. Para tu conocimiento, te diré que no te quedan más de cuarenta y ocho horas de vida. Te deseo una triunfal entrada en el infierno.

Harold.

CAPÍTULO III

Barry Kingsley permaneció largo tiempo con la mirada fija en aquella cartulina. Cada una de las palabras quedó grabada en su mente.

¿Qué significado tenían?

¿Eran realmente una sentencia de muerte contra Judith Mahoney?

Kingsley, ya circulando por entre el exasperante tráfico de las calles de San Francisco, no sabía qué decisión tomar.

¿Enviar la carta a su destinatario o darlo todo como una macabra broma de Harold Hawkins?

No.

No era una broma.

Recordó que Hawkins se disponía a echar la carta en el buzón. Quería que llegara hasta Judith. ¿Por qué? ¿Para prevenirla? Judith podía denunciarle a la policía. La carta, manuscrita y firmada por Harold Hawkins, era lo suficiente comprometedora. Una clara y contundente amenaza de muerte.

Puede que Judith Mahoney no lo considerara así. Que se burlara de la misiva.

De ahí que Barry Kingsley se decidiera por enviar la carta. Seguro de las burlonas risas de Judith.

Kingsley detuvo el auto en las proximidades al Old Federal Building. Frente a un buzón de correos.

Descendió del vehículo, y después de cerrar cuidadosamente el sobre, lo depositó en la estafeta.

Interiormente maldijo a Hawkins.

Le había fastidiado la mañana y su habitual descanso. El haber permanecido toda la noche trabajando en la redacción de *The Crow*

no era suficiente para hacerle olvidar aquella morbosa carta.

Por ello no acudió a su apartamento.

Barry Kingsley cruzó la calzada para introducirse en una cabina telefónica. Del bolsillo interior de la chaqueta sacó una pequeña agenda. Consultó su reloj. Faltaban unos minutos para que las manecillas se juntaran señalando las doce horas.

Quedó pensativo.

¿Quién de ellas estaría disponible?

Se decidió por Betsy. Era una de las que disponían del día para descansar. Las noches las dedicaba a actuar en un *night-club* de North Beach.

Sí.

Betsy era la candidata ideal.

Consultó la agenda haciendo pasar su dedo índice por una larga lista de nombres femeninos. Algunos de ellos aparecían tachados por una línea roja. El matrimonio iba minando sus amistades femeninas.

Barry Kingsley atrapó el número discando un número en el dial. Silbó el *I shot the sheriff* de Eric Clapton, acoplando a la señal de la llamada. Ésta se repitió una y otra vez. Dando la impresión de que nadie respondería a la llamada.

Kingsley continuó silbando.

Conocía bien a Betsy.

Perezosa y de sueño pesado.

La señal de llamada se interrumpió siendo reemplazado por una somnolienta voz.

—¿Quién...?

Barry Kingsley sonrió.

—¡Hola, encanto! El día es espléndido. El sol, aunque dificultado por la capa de polución, llega hasta nosotros majestuoso. Un día magnífico para un romántico paseo por la bahía.

Se escuchó un leve jadear.

—Apuesto a que eres Barry.

—Por supuesto, nena. ¡El bueno de Barry! ¿Paso a recogerte?

—Oye, querido...

—¿Sí?

—¡Vete al diablo!

La comunicación fue cortada.

Kingsley quedó unos instantes inmóvil.

Con el auricular pegado a la oreja derecha. Lentamente, mientras ahogaba un suspiro, lo depositó en su lugar.

Recordó su última cita con Betsy.

La dejó plantada.

Aquel maldito día un tipo se puso a disparar contra los peatones desde un edificio de Washington Street. Y Kingsley acudió a hacer el reportaje. Incluso colaboró en la captura del francotirador.

Aquella era la tercera vez que faltaba a una cita con Betsy.

Y ella no lo había olvidado.

Chica rencorosa.

El mundo estaba repleto de rencorosos. Al igual que Harold Hawkins, aunque éste tenía motivos sobradas para odiar a Judith Mahoney. Hasta el extremo de desear su muerte.

Barry Kingsley se pasó una mano por la frente.

No podía borrar de su mente aquella carta. Si algo le ocurría a Judith... Sería como convertirse en cómplice de un crimen. Reconoció haber obrado mal.

Cuarenta y ocho horas.

Ése era el plazo máximo fijado por Hawkins.

Ése era el tiempo de vida para Judith.

Y Barry Kingsley era hombre de acción. No soportaría cuarenta y ocho horas de angustiosa incertidumbre. Podía indagar en San Francisco. Investigar y sopesar las posibilidades de que Hawkins llevara a cabo su amenaza. Descubrir los motivos. Si Judith Mahoney le engañó hace más de siete años, ¿por qué esperó hasta ahora el momento de la venganza? ¿Por qué delatarse firmando aquella amenazadora carta?

Todo resultaba absurdo.

¿Macabra broma o un frío propósito de matar?

Barry Kingsley decidió dedicar su día libre a descubrir aquellos interrogantes, intentarlo al menos. Aunque sólo fuera para tranquilizar su conciencia. No había perdido su instinto de sabueso.

De ahí que no dudara en el punto de partida.

La Tuchner Paper.

La Tuchner Paper ocupaba un moderno edificio en Nob Hill. Aquella era la central de un poderoso negocio con sucursales en las principales ciudades de Estados Unidos.

Cinco plantas destinadas a oficinas comerciales. Dotadas de los máximos adelantos técnicos y lujosas instalaciones. Debía resultar agradable trabajar allí.

Una empresa digna de admiración.

Pero a Barry Kingsley sólo dos cosas le sorprendían.

La chica que estaba tras la mesa escritorio y el hecho de que fuera la secretaria particular de Harold Hawkins.

—El señor Hawkins aún no ha llegado. ¿Puedo conocer el motivo de su visita? Tal vez pueda ayudarle.

Barry Kingsley sonrió.

Contemplaban fijamente a la mujer.

Con demasiado entusiasmo.

Era joven. De unos veinte o veintidós años. Rostro semiovalado. De perfecta belleza que el gracioso peinado acentuaba aún más. Ojos oscuros protegidos por largas pestañas. La nariz algo respingona. Los labios gordezuelos. Aquella linda cabecita se unía al tronco merced a un frágil cuello. Sus senos, erectos y juveniles, resaltaban bajo la tela del vestido.

Y nada más.

Con gran pesar para Kingsley, el resto de aquel escultural cuerpo quedaba oculto por la mesa escritorio.

La joven enrojeció por la insolente mirada de Kingsley.

—¿Desea dejar algún aviso?

—¿Cómo...? Ah, no... Quería hablar personalmente con Hawkins. —Kingsley echó un vistazo a su reloj de pulsera—. No parece muy puntual en el trabajo, ¿verdad?

—El señor Hawkins cumple a la perfección con su trabajo.

—¿De veras? Creo que hoy...

Barry Kingsley se interrumpió.

La puerta de la antesala se había abierto para dejar paso a una mujer.

Kingsley parpadeó.

Aqué! era su día de suerte. Al menos en cuestión de faldas. En corto plazo había descubierto a dos verdaderas bellezas.

Sí.

La mujer que había hecho si aparición era también algo fuera de serie. Elegantemente vestido. Con aires de diosa.

—Buenos días —saludó a Kingsley, para luego añadir—: Hola,

Margaret.

La secretaria se había incorporado respetuosamente.

—Buenos días, señorita Tuchner. Disculpe, pero el señor Hawkins aún no ha llegado.

Nancy Tuchner, hija del todopoderoso Peter Tuchner, se había aproximado a una puerta semividriosa. Quedó con la mano derecha fija en el pomo. Sorprendida por las palabras de la secretaria.

—De seguro le encontraré con Hefferman. Creía que la reunión de directivos ya había finalizado.

Margaret se mostró algo turbada.

Posiblemente le molestaba comentar la ausencia de su jefe.

—No me he explicado bien, señorita Tuchner. El señor Hawkins no ha acudido hoy a las oficinas. Por orden del señor Hefferman, he tratado de localizarle en su domicilio, pero nadie respondió al teléfono.

Barry Kingsley se percató del brusco cambio experimentado en el rostro de Nancy Tuchner.

Denotó preocupación.

Resultaba muy extraño que la hija de Peter Tuchner se inquietara por la falta de un simple empleado. Y también que se precipitara hacia uno de los teléfonos instalados sobre la mesa. Su dedo recorrió el dial. Con visible nerviosismo.

Permaneció unos instantes con el micro a la escucha.

No recibió respuesta.

Nancy Tuchner colgó el auricular, y sin añadir ninguna otra palabra, abandonó la antesala.

Kingsley decidió hacer otro tanto.

Sonrió a la secretaria.

—Adiós, Margaret. Nos volveremos a ver.

Barry Kingsley alcanzó a Nancy junto a uno de los elevadores. En el momento en que se abría la puerta automática.

Penetró tras la mujer.

—Voy al *parking* del sótano —advirtió Nancy, dispuesta a pulsar el mando correspondiente.

—Coincidimos, señorita Tuchner —sonrió Kingsley, apoderándose de su cajetilla de tabaco. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias.

—Si piensas acudir al apartamento de Harold, pierdes el tiempo.

No le encontrarás allí. Hace unas horas emprendió vuelo hacia Nueva York.

Kingsley sonrió al contemplar el gesto de estupor reflejado en el rostro de la mujer.

Nancy reaccionó.

—Dudo mucho de sus palabras, señor...

—Kingsley... Barry Kingsley.

—Pues bien, señor Kingsley, Harold Hawkins jamás abandonaría San Francisco sin advertírmelo antes.

—¿Por ser la hija del Gran Jefe?

Los bellos ojos de Nancy relampaguearon furiosos. También sus labios balbucearon. Como si dudara en pronunciar unas palabras. Se decidió a ello.

—No, señor Kingsley. Por la sencilla razón de que Harold Hawkins es mi prometido. ¿Satisfecha su curiosidad?

Barry Kingsley no respondió.

Se había quedado con la boca entreabierta.

Ahora era él el sorprendido.

CAPÍTULO IV

Barry Kingsley era un tipo de reflejos.

Eso al menos creía él.

Sin embargo, cuando reaccionó a la sorpresa, ya la bella Nancy había abandonado el elevador perdiéndose por entre los autos estacionados en el *parking* del edificio.

Kingsley también salió de la cabina.

Y nuevamente fue tras los pasos de Nancy Tuchner. Llegó junto a ella cuando ya se disponía a sentarse frente al volante de un aerodinámico modelo de la American Motors.

Dirigió una rápida mirada a la cédula de identificación.

—Oye, Nancy...

La muchacha le correspondió con una fría mirada.

Capaz de hacer retroceder al más impulsivo. También su voz adquirió un marcado tono despectivo.

—Es usted quien debe escucharme con atención, señor Kingsley. Ignoro sus relaciones con Harold Hawkins, pero bajo ningún concepto le autorizan a tutearme. Y ahora haga el favor de dejarme en paz.

Barry Kingsley ni se inmutó.

—Soy amigo de Harold. Un viejo amigo. Crecimos juntos en un barrio de Mahattan. Hoy, después de muchos años, nos encontramos. Harold marchaba a Nueva York. Yo mismo le acompañé al aeropuerto.

—¿Qué hace aquí, señor Kingsley?

—¿Cómo?

—Pregunto el motivo de su visita a la Tuchner Paper. Estaba en el despacho de Harold, ¿no es cierto? ¿Qué hacía allí? Me pareció oír que deseaba hablar con Harold.

—En efecto.

—¿Olvidando que horas antes le dejó en el aeropuerto? Buenos días, señor Kingsley. Ha sido un placer conocerlo.

La muchacha abrió la portezuela del auto obligando a Kingsley a retroceder. Sólo por unos instantes. Volvió de nuevo a la carga.

Con su habitual sonrisa cínica.

—¿Vas al apartamento de Harold?

Nancy no se dignó a responder. Dio al contacto dispuesta a emprender la marcha.

Barry Kingsley aún continuaba con las manos apoyadas en la ventanilla.

Sin darse por vencido.

—Cuando encuentres el apartamento de Harold vacío, tal vez quieras hablar conmigo. Yo puedo responder a muchas preguntas, Nancy. ¿Por qué no permites que te acompañe? Creo que...

El auto realizó una brusca marcha atrás para acto seguido enfilar hacia una de las salidas.

Kingsley dio un salto para no ser arrastrado. A sus ojos asomó un brillo burlón.

Encendió un cigarrillo.

El anterior había caído a medio consumir.

Sonrió.

El auto de Nancy le estaría esperando a la salida del túnel de peatones.

Estaba seguro de ello.

Barry Kingsley abandonó el *parking*. Y allí, respetando el paso de cebra, se hallaba detenido el auto.

Sí.

Kingsley conocía bien a las mujeres.

Abrió la portezuela para acomodarse junto a la mujer.

—Gracias, Nancy.

—Ha conseguido intrigarme, señor Kingsley. También me preocupa la falta de Harold. Jamás dejó de acudir puntualmente al trabajo.

—¿Eres la hija del Gran Jefe?

Nancy sonrió, reanudando la marcha.

—Sí.

—¿Hija única?

—Sí.

—Harold no me comentó su compromiso contigo.

—Aún no es oficial. Mi padre se encuentra fuera de California. No quiero divulgar la noticia sin estar él al corriente.

—Comprendo.

—Yo, sin embargo, no le comprendo, señor Kingsley. Asegura que Harold marchó a Nueva York. Ayer mismo, Harold y yo celebramos nuestro compromiso. Ayer decidimos dar a conocer nuestros sentimientos a mi padre. Harold se consideraba el más feliz de los mortales. De haber surgido algún grave problema que le impulsara a marchar a Nueva York, me lo hubiera comunicado. No había secretos entre nosotros.

Kingsley dirigió una penetrante mirada a la joven.

La inició en el bello perfil de su rostro para luego descender por los firmes senos y detenerla, más tiempo del debido, en los bronceados muslos femeninos generosamente al descubierto por la corta falda.

Sí.

Harold Hawkins podía considerarse un hombre afortunado. Nancy, con ser un verdadero bombón, era la hija del gran Peter Tuchner. Su única heredera.

Y Harold Hawkins hacía peligrar aquel prometedor futuro amenazando de muerte a Judith Mahoney.

¿Por qué?

—Ya hemos llegado.

—¿Cómo...? Ah... ¿Es aquí?

—Para ser tan amigo de Harold no parece estar muy al corriente de su vida. Tiene el apartamento en el 1865 de la Holt Avenue. Cerca de las oficinas.

—Hacía años que no veía a Harold. Nos separamos en Nueva York.

Nancy estacionó en zona prohibida.

Sin molestarse en buscar más.

Aquello no impresionó a Kingsley. Él, de estar igualmente forrado de dólares, aparcaría en la mismísima Hall of Justice.

Descendieron del vehículo.

A pocas yardas se alzaba el 1865 de Holt Avenue. Un edificio colmena de moderna construcción. Dedicado casi en exclusiva a

apartamentos de lujo. En la entrada existían dos salas de recepción.

Nancy se encaminó hacia el ala izquierda.

El individuo situado tras el mostrador le dirigió su más abierta e hipócrita sonrisa.

Hizo una profunda reverencia. Hasta casi golpear su cabeza contra el mostrador.

—Buenos días, señorita Tuchner.

—Hola, Curtis. ¿Está arriba el señor Hawkins?

El llamado Curtis arrugó la nariz.

—Creí que estaba al corriente.

—¿De qué?

—Pues... el señor Hawkins abandonó su apartamento esta mañana. Muy temprano. Con todo su equipaje.

Nancy enrojeció.

Sentía en su nuca la burlona mirada de Barry Kingsley.

—¿Dejó alguna nota para mí?

—No, señorita Tuchner.

—¿Comentó cuándo regresaría?

—Temo no haberme explicado con suficiente claridad, señorita Hawkins. Harold Hawkins abandonó el apartamento definitivamente —el recepcionista señaló hacia una de las llaves del casillero—. Ahí tiene el cartel de libre, aunque hoy mismo llegará el nuevo inquilino.

Nancy parecía aturdida.

—Pero ¿no le dijo nada? ¿Ningún encargo para mí?

—No, señorita Tuchner. Se limitó a abonar el alquiler pendiente y despedirse. También a mí me sorprendió. Es norma avisar una semana antes como mínimo... El señor Hawkins dijo que le había surgido un viaje inesperado.

—¿A Nueva York? —interrogó Barry Kingsley metiendo baza en la conversación por primera vez.

—El señor Hawkins no fue muy explícito. Simplemente comentó que debía realizar un viaje muy largo.

Nancy se alejó lentamente.

Ni tan siquiera reparó en dar las gracias al servil recepcionista. Abandonaron el edificio.

—Usted tenía razón, Kingsley.

—¿Por qué no me tuteas? Me hará sentir menos viejo. Mi

nombre es Barry. Soy amigo de Harold y por lo tanto, tuyo. ¿De acuerdo?

Nancy esbozó una sonrisa.

—De acuerdo, Barry. ¿Te dio Harold el motivo de su súbito viaje a Nueva York?

¿Cómo decirle a la muchacha que Harold Hawkins iba a liquidar a su antigua novia?

—No comprendo su comportamiento... Ayer hablamos de nuestros proyectos, de la boda... Harold pasaría a ocupar uno de los puestos más importantes de la Tuchner Paper. ¿Qué le ha ocurrido?

—No lo sé, Nancy.

—¿Por qué has ido a la compañía? ¿Por qué preguntabas por Harold si tú mismo le habías acompañado al aeropuerto?

Kingsley carraspeó.

—Bueno, lo cierto es que vi a Harold un poco preocupado. Me habló de su trabajo en la Tuchner Paper. Sólo quise averiguar si era cierto.

—Harold no tenía familia. Eso al menor me dijo él en más de una ocasión. ¿Por qué marchó a Nueva York? Aunque tal vez haya telefonado a mi casa... ¡Sí! ¡Estoy segura! ¡No pudo marchar sin decirme nada!

Nancy corrió hacia su auto.

Barry Kingsley fue tras ella.

Sin compartir la idea de la joven.

—Oye, Nancy...

—Discúlpame, Barry —interrumpió Nancy, abriendo la portezuela—. Quiero llegar a casa cuanto antes y salir de dudas.

Kingsley llevó su diestra al bolsillo superior de la chaqueta.

Tendió una cartulina a la muchacha.

—Ahí tienes mi domicilio y número de teléfono, Nancy. Si recibes noticias de Harold o me necesitas para algo, no dudes en llamar.

—Lo haré. Gracias, Barry.

Cuando Nancy Tuchner se disponía a acomodarse en el vehículo, sonó su nombre desde el otro lado de la calzada.

Un individuo agitaba su mano derecha. Esperó a que cambiara uno de los discos de tráfico para cruzar la calle.

Llegó ante el auto.

—Hola, Nacy... ¿Le ocurre algo a Harold? En la Tuchner Paper me han dicho que no acudió al trabajo. Decidí pasar por aquí para...

—Harold se marchó a Nueva York. Y ahora te ruego me disculpes, Warren. Debo irme. —Nancy se situó frente al volante. Antes de iniciar la marcha se percató de la incorrección cometida—. Te presento a Barry Kingsley. Un viejo amigo de Harold. Él le acompañó hasta el aeropuerto. Warren Boyd es el médico de la Tuchner Paper.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

Apenas intercambiado el saludo, vieron cómo el auto emprendía veloz carrera.

Warren Boyd parpadeó.

—¿Qué mosca le ha picado?

—Está algo molesta por la marcha de Harold —sonrió Barry Kingsley—. Nancy se preocupa mucho por sus empleados.

—Es usted muy irónico, Kingsley. Para Nancy, nuestro amigo Harold es un empleado muy especial; aunque no debería alterarse por una simple escapada a Nueva York.

—Harold abandonó su apartamento. Se llevó todo. Como si no pensara regresar.

Warren Boyd agradó los ojos. Una mueca de estupor desdibujó sus facciones. Tardó en reaccionar.

—¿Está seguro de eso?

—El recepcionista puede confirmarlo. El apartamento de Harold será ocupado hoy mismo por otra persona.

—Dios mío...

—¿Ocurre algo, Boyd?

Warren Boyd mesó nerviosamente sus cabellos.

—No, nada... ¿Dice que acompañó a Harold hasta el aeropuerto?

—Eso es. Harold y yo somos viejos amigos. Crecimos juntos en Nueva York. Hacía tiempo que no le veía. Desde su marcha a Vietnam.

—Yo también estuve en Vietnam. Fue allí donde entablé amistad con Harold. Recomendé para que fuera uno de los primeros en ser repatriados.

—¿Una recomendación profesional?

—Sí. Muchos soldados soportaron aquel infierno a base de drogas. Otros perdieron todo sentimiento y se convirtieron en máquinas de matar. Y otros terminaron por volverse locos. Harold comenzó a sufrir alucinaciones. De ahí que recomendara su regreso a Estados Unidos.

—Harold siempre fue un muchacho algo extraño. Introvertido. Supongo que una vez en casa se recuperó, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es usted su médico?

—Dirijo el control sanitario de los empleados de la Tuchner Paper. Periódicamente son sometidos a reconocimiento médico.

—Harold parecía gozar de excelente salud —dijo Kingsley, fijando su mirada en el doctor.

—Oiga, Kingsley... ¿Sabe dónde puedo localizar a Harold? ¿Cómo encontrarle en Nueva York? Algún hotel o...

—No, no me mencionó ese dato, pero sí prometió ponerse en contacto conmigo.

El rostro de Warren Boyd se iluminó.

Con ambas manos aferró el brazo derecho de Kingsley.

—Escuche con atención, Kingsley. Es de vital importancia. Si Harold llega a ponerse en contacto con usted revelando su paradero, no dude en telefonearme. Con urgencia. Me encontrará en el Carson Hospital.

El doctor Boyd se alejó.

A grandes zancadas.

Dejando a Barry Kingsley envuelto en un mar de confusiones. Lo averiguado en las últimas horas no le ayudaba en nada.

Todo lo contrario.

Resultaba muy sorprendente y extraña la preocupación demostrada por Warren Boyd.

—¿Por qué ese interés en Harold?

Una macabra hipótesis pasó por la mente de Barry Kingsley.

Se estremeció.

De resultar cierta explicaría el comportamiento de Harold Hawkins. No sólo eso. Explicaría también el que echara por tierra su prometedor futuro con Nancy Tuchner... y explicaría la proyectada muerte de Judith Mahoney.

No se trataba de una broma.

La amenaza de muerte era real.

Aquella hipótesis convertía a Hawkins en un asesino en potencia.

CAPÍTULO V

Curtis hizo desaparecer los cinco dólares con pasmosa agilidad. Como un consumado ilusionista.

—¿Qué desea saber?

Barry Kingsley exhaló una bocanada de humo.

Con fingida indiferencia.

—¿Recibía Harold Hawkins muchas visitas?

—No. Era un individuo muy reservado. Margaret Kirks, Nancy Tuchner y el doctor Warren Boyd eran quienes más le vistaban.

—¿Margaret Kirks?

—Secretaria particular de Hawkins —el recepcionista babeó—.

¡Una maravilla! Unos labios, un busto, unas caderas que...

—No me ponga los dientes largos, amigo. Sigamos con Harold Hawkins. ¿Quién le visitó ayer?

Curtis se acarició la patilla izquierda.

—¿Ayer? Nadie... No acudió a su apartamento en todo el día. Llegó a avanzadas horas de la noche. Aquí, en la sala de recepción, le esperaba el doctor Boyd. Parecía muy interesado en hablar con Hawkins.

—¿Subieron al apartamento?

—Sí. Fue una conversación muy larga. Terminado mi turno, el doctor aún estaba arriba. Y esta mañana a primera hora, volvió.

—¿Quién?

—El doctor Boyd. Iba a subir, pero le advertí que el señor Hawkins había salido.

—¿Por qué no le dijo que había dejado definitivamente el apartamento?

—En aquel momento lo ignoraba. Hawkins regresó a los cuarenta o cincuenta minutos. Fue entonces cuando me comunicó

que dejaba el apartamento. Abonó la cuota mensual y marchó con una pesada valija. Le reproché el no haberme avisado con mayor antelación.

—Tal vez lo decidiera en esa salida.

—No. Ya tenía el equipaje preparado. Ni tan siquiera despidió el taxi.

Kingsley entornó los ojos.

Aquello pudiera ser una pista interesante.

—Apuesto a que recuerda el número del taxi.

—Es posible.

Barry Kingsley comprendió que debía «engrasar» más al avisado recepcionista. Le ofreció otros cinco dólares que Curtis hizo desaparecer con la misma rapidez que los anteriores.

Sonrió con suficiencia.

—Si desea conversar con el taxista no le encontrará ahora trabajando, pero sí tres manzanas más abajo. En el Dado Azul. Es la hora de su... vitamina. Pregunte por Alfred. Un buen muchacho. Si me solicitan un taxi, siempre acudo a él. Me gusta ayudar a la familia. Olvidé mencionarle que Alfred es el marido de mi hermana. Curioso, ¿eh?

Barry Kingsley estuvo tentado de borrarle la sonrisa de un trallazo. Le había soltado cinco dólares por un dato que el bastardo de Curtis podía proporcionarle sin el menor esfuerzo.

—Hasta pronto, Curtis.

—Adiós. Ha sido un verdadero placer conocerle.

Kingsley abandonó el edificio.

Tres manzanas más abajo.

Antes de llegar ya divisó el cartel anunciador del Dado Azul. Un local modesto con penetrante olor a pescado frito y cerveza amarga. La barra estaba bastante concurrida. De las siete mesas diseminadas por la sala, sólo dos parecían ocupadas.

El empleado del mostrador, al ser interrogado por Kingsley, señaló hacia un individuo que jugaba en la máquina tragaperras situada al fondo del establecimiento.

Barry Kingsley llegó ante él.

Esperó a que terminara la última bola. El juego era a los cien mil puntos. Alfred hizo ocho mil. Todo un virtuoso.

—¿Alfred?

—Yo soy. ¿Qué se le ofrece?

—Me envía Curtis.

Alfred rebuscó en los bolsillos una moneda de veinticinco centavos.

—No estoy de servicio. Busque a otro.

—La carrera la puedes hacer sin moverte de aquí, Alfred. ¿Un trayecto de unos cinco dólares?

Alfred era un individuo corpulento. De rostro bonachón. Sonrió algo perplejo.

—Okay. Me gusta el dinero fácil.

—Curtis le llamó esta mañana para que prestara servicio a uno de los inquilinos del edificio.

—Sí, lo recuerdo. El señor Hawkins. Un magnífico cliente. El taxi estuvo a su disposición más de una hora.

—¿Cuál fue el recorrido?

—Pues... me parece que a la Fleet Avenue. —Alfred consultó un pequeño cuaderno que extrajo de su zamarra de piel—. Sí, aquí está. Al 183 de Fleet Avenue. Luego regresamos aquí. El señor Hawkins tomó su equipaje y ordenó ir a la agencia de depósito instalada en Hyer Building... Allí consiguió la valija, quedando son un bolso de viaje.

—¿Y luego?

—Ya no hubo más. Allí me despidió. Me pareció ver que el señor Hawkins penetraba en un *snack*.

—Gracias por la información, Alfred. —Kingsley le alargó los cinco dólares prometidos.

—¿Es usted policía?

—De ser policía no te hubiera dado ni un centavo.

Barry Kingsley abandonó el local.

Pensativo.

El comportamiento de Harold Hawkins resultaba muy extraño. Y escalofriante su amenaza de muerte a Judith Mahoney.

Kingsley no podía quedarse con los brazos cruzados. A la espera de que la amenaza contra Judith resultara cierta o no.

No iba con su carácter.

Barry Kingsley era hombre de acción.

Un sexto sentido parecía aconsejarle de que tomara rápida decisión.

Sí.

Debía marchar de inmediato a Nueva York.

* * *

Un vuelo nocturno.

Un viaje «chárter» con destino a Nueva York, que casualmente disponía de plazas.

Barry Kingsley ya se encontraba en el aeropuerto.

Con un pequeño maletín por todo equipaje. Dos juegos de ropa interior, tres pares de calcetines, un cepillo de dientes y una «German-Luger» recuerdo de familia.

Todo muy rápido.

El preparar su reducido equipaje, buscar garaje para el auto y convencer al director de The Crow que marchaba a Nueva York en busca de un fabuloso reportaje.

Tal vez fuera cierto, aunque Kingsley deseaba lo contrario. Aun a riesgo de que su presupuesto se desequilibrara con aquellos gastos imprevistos de desplazamiento y estancia en Nueva York.

Barry Kingsley se hallaba en el interior de una de las cabinas telefónicas del aeropuerto. Por los altavoces ya daban el primer aviso anunciando su vuelo.

Kingsley, con el auricular en su diestra, esperó impaciente a que respondieran a la llamada.

Una somnolienta voz le llegó a través del micro.

—Durning al habla.

—Presta atención, Norman. Soy Barry y quiero que...

—¿Barry? ¿Barry Kingsley? ¡Infiernos! Es como un maravilloso sueño. Ni una palabra más, Barry. Puedes pasar por casa cuando quieras. Desempolvaré las facturas y...

—No llamo para pagarte los doscientos dólares, Norman — interrumpió Kingsley—. Necesito tus servicios.

—Adiós, Barry. Empieza mi programa favorito de televisión.

Kingsley profirió una soez maldición.

—Oye, Norman, si cuelgas la bocina jamás recibirás los doscientos dólares.

—Ya me he hecho a la idea.

—Los tendrás esta misma semana, Norman. Junto con cien

dólares más. Por una información muy sencilla.

—¿Te han devuelto la licencia, Barry? —rió la voz que llegaba por el micro—. Creí que te la retenían hasta el año 2001.

Por los altavoces de aeropuerto dieron el segundo aviso para los pasajeros del vuelo nocturno a Nueva York.

—Oye, Norman, estoy en el aeropuerto. Salgo dentro de unos minutos para Nueva York. Espero regresar lo antes posible. Quiero una detallada relación de los inquilinos del edificio 183 de la Fleet Avenue. Nombres, profesión y posible vinculación con Harold Hawkins o la Tuchner Paper.

—¿Nada más, querido?

Kingsley hizo caso omiso al irónico tono empleado por su interlocutor.

—Un amplio informe del doctor Warren Boyd. Te telefonearé a mi regreso.

—Escucha, Barry, si crees que voy a...

—Adiós, Norman. Trescientos dólares o nada. No lo olvides.

Barry Kingsley cortó la comunicación interrumpiendo así por las posibles protestas de Norman Durning. Éste poseía una magnífica agencia de información. Con un archivo capaz de hacer palidecer de envidia al FBI.

En la escalinata del «jet» recibieron a Kingsley con caras de reproche.

Era el último pasajero en subir al aparato.

Barry Kingsley se acomodó en su asiento.

Consultó el reloj.

El vuelo San Francisco-Nueva York estaba programado en unas cinco horas. Llegaría a Manhattan con las primeras horas del nuevo día.

¿A tiempo de salvar a Judith Mahoney?

Ésa era la pregunta que atormentaba a Barry Kingsley.

CAPÍTULO VI

El avión tomó tierra en el aeropuerto internacional John F. Kennedy. Con cuarenta minutos de retraso sobre el horario previsto. Dificultades en la pista de aterrizaje obligaron al aparato a sobrevolar la zona en espera de la correspondiente autorización.

Barry Kingsley fue uno de los primeros en abandonar el «jet». También en salir de la terminal. Dieciséis millas separaban el aeropuerto de Nueva York. El trayecto más cómodo y más caro.

Kingsley, ya dispuesto a tirar la casa por la ventana se decidió por el segundo procedimiento. Más rápido más cómodo y más caro.

Si todo aquello resultaba ser una macabra broma de Harold Hawkins le haría pagar los gastos.

Barry Kingsley, cuyo reducido equipaje le evitó prolongados trámites aduaneros, tomó plaza en el helicóptero. Y minutos más tarde, el aparato se posaba mansamente en el helipuerto Pan Am enclavado en el corazón de Manhattan.

La ciudad estaba en todo su apogeo.

Por las calles serpenteaban infinidad de vehículos en una y otro dirección. En un infernal tráfico. Los peatones sorteaban aquella riada con agilidad. Acostumbrados a la jungla de asfalto.

Nueva York no era desconocida para Kingsley.

Y menos Manhattan.

Allí habían transcurrido los más miserables años de su vida.

Pero Barry Kingsley amaba aquella cruel ciudad.

No se molestó en buscar un taxi. Sabía que en aquellas horas, ya cercanas al mediodía, resultaba imposible.

Se decidió por el subway.

Más rápido y económico; pero con el riesgo de ser aplastado por la multitud. Tomó el subterráneo en dirección a Chinatown.

En su mente estaba grabado el domicilio de Judith Mahoney.

El 436 de Sweet Street.

El metro no le dejó lejos de su destino; aunque se vio obligado a caminar durante unos minutos antes de divisar Sweet. Aquella zona ya podía considerarse perteneciente al bajo Manhattan.

Y Sweet no era una de las mejores calles.

Llegó ante el 436.

Un edificio viejo y de gris fachada. Maloliente. La sucia escalera que conducía a la entrada se adornaba con restos de basura procedentes de los bidones ya vacíos. Dos famélicos gatos rivalizaban por un mísero trozo de carne.

Barry Kingsley tragó saliva.

Hace tan sólo unos años, Judith Mahoney ocupaba un lujoso apartamento en la Quinta Avenida.

Y ahora habitaba en aquella pocilga.

Kingsley penetró en el edificio.

No existía tablero con la relación de inquilinos; pero un individuo salió de una especie de garita al divisar a Kingsley.

—¿A quién busca?

—Judith Mahoney.

El hombre escupió despectivo. Se abanicó con un nauseabundo ejemplar de *Playboy*. La chica de la portada aparecía desdibujada por una descomunal mancha de aceite.

—Tercero izquierda, aunque dudo que le reciba. Está durmiendo.

—¿A estas horas?

El individuo rió como una hiena afónica.

—Se acuesta de madrugada. Trabaja mucho, ¿sabe? El día lo dedica a dormir. Hoy llegó más tarde que de costumbre.

—¿Sabe si recibió correspondencia?

—Oh, sí... Esta misma mañana llegó una carta urgente. Judith se sorprendió mucho cuando se la entregué. No era la clásica factura que acostumbra a recibir diariamente.

—¿Cogió la carta y subió a dormir?

—Correcto, amigo. ¿De qué se extraña? Ya le he dicho que se retira tarde. En este momento lleva unas tres horas de sueño. De ahí que le aconseje que no suba. Se enfadará mucho si la despierta.

Barry Kingsley no hizo caso al individuo.

Subió por la estrecha escalera.

Allí se incrementaba el nauseabundo olor acumulado por la humedad que impregnaba las paredes. El edificio carecía de ascensor.

Llegó a la tercera planta pulsando el llamador correspondiente al apartamento de la izquierda.

Barry Kingsley depositó su maletín en el suelo para apoderarse de la cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo, y tras exhalar un par de bocanadas, volvió a presionar el timbre.

Nuevo compás de espera.

Volvió a repetir la llamada. Su dedo índice quedó ahora sobre el llamador por espacio de varios segundos. Con insistencia. No soltó el timbre hasta escuchar unos pasos.

La puerta se abrió en la distancia marcada por una cadena de seguridad. Asomó el rostro de una mujer que, al descubrir el maletín en el suelo, exclamó furiosa:

—¡No compro nada, bastardo!

Kingsley se precipitó sobre la puerta evitando que se cerrara.

—¡Eh, Judith! ¿No me reconoces? Soy Barry... Barry Kingsley.

La mujer parpadeó repentinamente.

Formó una sonrisa.

—Sí, por supuesto que te recuerdo, Barry.

—¿Puedo hablar contigo?

—¿Ahora? Oye, Barry... Me has hecho levantar de la cama cuando apenas llevaba un par de horas de sueño. Llevo sin dormir más de...

—Es urgente, Judith.

La mujer, después de una leve indecisión, asintió con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo, Barry.

Quitó la cadena de seguridad haciéndose a un lado para permitir el paso de Kingsley. A continuación cerró la puerta quedando apoyada sobre la hoja de madera.

Judith lucía una sucinta bata. Muy transparente. De un turbador color negro. Era su única prenda. En el rostro de la mujer, recién despertada y sin el correspondiente maquillaje, aparecían unas arrugas que no conseguían paliar su belleza.

Pero Judith Mahoney era una flor ya marchita.

En declive.

Así lo comprendió Kingsley.

—¿Has conseguido localidad para presenciar el espectáculo, Barry?

Kingsley ignoró el comentario burlón de la mujer.

—¿Podemos sentarnos?

—Estoy rendida de sueño, Barry. Quiero una conversación muy breve.

Judith atravesó el reducido *living* empujando la puerta que conducía al salón comedor. El mobiliario era escaso y de baja calidad. El desorden imperaba por doquier.

—¿Y bien? ¿Qué se te ofrece?

Barry Kingsley tenía fija la mirada en la mujer que adornaba el centro del salón. Allí, junto a una botella de *brandy*, se veían varias cartas. Facturas, folletos de propaganda... y un sobre con el matasellos de urgencia.

Kingsley lo reconoció.

—Has recibido carta de Harold.

Los ojos de Judith llamearon.

—Ahora lo entiendo. Estás de acuerdo con ese hijo de loba sarnosa. Supongo que tú visita es para comprobar si estoy temblando de miedo, ¿no es cierto?

—No estoy de acuerdo con Harold.

—¿De veras? ¿Y cómo sabes que he recibido carta de él?

—Hacía mucho que no veía a Harold. Le encontré ayer en San Francisco. Tomó el avión de la mañana con destino a Nueva York. Me dio una carta para que la enviara. Una carta para ti, Judith. Me sugirió que debía leerla. Así lo hice.

—¿Y qué?

Kingsley entornó los ojos.

Algo perplejo por la indiferencia de la mujer.

—¿Tú la has leído?

—Oh, sí. La recibí hace unas horas. Correo urgente y especial. Sí, Barry. La he leído. Muy divertida. Digna de un bastardo como Harold Hawkins.

—¿Has dado aviso a la policía?

Judith se adelantó.

Desafiante.

Posó sus manos en las caderas, a la vez que en sus ojos renacía el destello de ira.

—Oye, Barry... He tenido ya muchos problemas con la policía. ¡No quiero más tratos con ellos!

—Harold te amenaza de muerte en esa carta. ¿No lo consideras tú así?

—Harold es incapaz de matar a una mosca. ¿Por qué crees que lo repatriaron de Vietnam? La sangre le ponía enfermo. Harold era un cobarde. Su broma es ridícula.

—¿Una broma, Judith?

La mujer rió en cantarina carcajada.

—¿Tú crees que...? ¡Pobre Barry! ¿Te has desplazado desde San Francisco para protegerme? ¡Al diablo contigo y con Harold!

—Él te odia, Judith.

—¿Harold? Sí, es posible.

—Tal vez quiera vengarse.

—¿Y ha esperado más de siete años para hacerlo? —volvió a reír la mujer—. ¡No seas infantil, Barry!

—Puede que haya esperado la ocasión propicia, Judith, aunque reconozco que debió acabar contigo hace siete años. Tú, la novia amante y fiel, ni tan siquiera le esperaste unos meses. Harold te entregó todos sus ahorros. Una buena cantidad. Ganada duramente. Dólar a dólar. Su idea era, al volver de Vietnam, casarse contigo e instalar una gasolinera. Pero tú tenías otros planes. Entregaste el dinero a un vulgar hampón llamado Ted Morgan. Carne de presidio.

—Ya conoces la historia, querido.

—Por supuesto, Judith; tú eres la protagonista. Engañar a un hombre enamorado es normal y cotidiano. Incluso puede que a Harold no le hubiese importado perder su dinero, pero lo ocurrido con Stella...

—¡Cierra la boca!

—Vas a oírme, nena. Quiero que recuerdes los motivos que impulsan a Harold. Tenía una hermana. Te encargó su custodia proporcionándote el dinero suficiente para que Stella no careciera de nada. Y tú la sacaste del colegio donde se hallaba internada. ¿Qué edad tenía la hermana de Harold? Unos quince años, ¿verdad, Judith? Se la presentaste a Ted Morgan. Todo un experto en corrupción. Apuesto a que le resultó fácil el que Stella tomara la

primera... dosis. Primero algo suave, Anfetaminas, algún petardo, LSD... y luego la heroína. Y ya Stella estaba en sus garras. Sin escapatoria. Haría todo cuanto él quisiera. Stella murió en un motel. Poco después de que la dejara uno de los clientes impuestos por Ted Morgan. Aquel día, la hermana de Harold no calculó bien la dosis. O tal vez quisiera librarse para siempre de Morgan.

—¿Ya has terminado?

—Sí, Judith. Ya he terminado.

—¡Pues ahora lárgate! ¡Déjame en paz! ¡Ya he pagado por todo eso! También a mí me traicionó Ted Morgan. Me hizo aparecer como culpable en un feo asunto de drogas. ¡Dos años en prisión, Barry! Y al salir, Morgan me recibió a patadas. Sin querer saber nada de mí. He vagado por todo Nueva York. De un lado a otro. Ahora trabajo en el club Diana. ¿No conoces el local? ¡El mejorcito de East River! ¡Con un público selecto que vomita sobre la pista mientras yo actúo!

—Hay quien marca su propio destino, Judith.

—¡Vete al diablo! ¡Lárgate!

—Okay, nena. Te daré un buen consejo. Avisa a la policía. Puede que Harold no esté bromeando.

—No le tengo miedo.

Barry Kingsley terminó por encogerse de hombros.

Giró sobre sus talones acudiendo al *living*. Atrapó su maletín. Judith, que había ido tras él, le abrió la puerta.

—Hasta nunca, Barry.

Kingsley sintió un extraño escalofrío.

Presintió que aquellas palabras de Judith iban a resultar ciertas.

Que nunca más volvería a verla... con vida.

* * *

El Ernest era uno de los mejores hoteles de Barrio Altman.

Habitaciones con cuarto de baño y derecho a cucarachas.

Barry Kingsley no quiso abandonar aquella zona.

De ahí que se instalara en el Ernest.

No fue capaz de almorzar, pero sí cedió al cansancio. Dos noches sin dormir le impulsaron a tumbarse sobre el lecho de su habitación. Anunció en recepción que le despertaran a las cinco.

No fue necesario.

En la habitación contigua, un tipo se dedicó a propinar una paliza a su acompañante. Los gritos femeninos despertaron a Barry.

Consultó su reloj.

Eran las cuatro de la tarde.

Una ducha fría le despejó.

Poco más tarde abandonaba el hotel. No había dejado la «Luger» en la habitación. Las noches de Manhattan, en especial por la parte baja de la ciudad, resultaban sumamente peligrosas.

Adquirió uno de los vespertinos, prosiguiendo su deambular. En busca de un decente y tranquilo *snack*. Encontró el local a su gusto en Cobbs Road.

Un par de emparedados y una jarra de cerveza fría.

Aunque aún disponía de mucho tiempo por delante, quería ser uno de los primeros clientes del Diana. No se perdería la actuación de Judith. Poco importaba la indiferencia de la mujer. Su despreocupación por la amenaza de muerte recibida.

Barry Kingsley sí estaba intranquilo.

Fue una sorpresa los dos años de prisión de Judith, su desgracia, su vagar por Bajo Manhattan.

Kingsley llegó a la conclusión de que todo aquel deambular de Judith no resultaba novedad para Harold Hawkins. Posiblemente jamás dejó de estar informado. De ahí que conociera el actual domicilio de la mujer. La sometió a estrecha vigilancia durante los últimos años.

¿Por qué?

Barry Kingsley pronto conocería la respuesta.

CAPÍTULO VII

Barrio Altman podía considerarse parte integrante de East River. Al menos, en cuanto a miseria se refiere. Digno rival de The Bowery.

Barry Kingsley conocía bien aquella zona.

Había nacido allí. Muy cerca del puente de Brooklyn. No llegó a conocer a su padre, aunque por las referencias de su madre, no perdió gran cosa. Allí también nació Harold Hawkins.

Bajo Manhattan era un nido de ratas. Los que conseguían salir quedaban para siempre marcados. Resentidos. Llenos de odio. Muy pocos lograban olvidar.

Kingsley fue uno de esos pocos afortunados.

Por supuesto que no había olvidado sus tristes años en East River, pero tampoco los recordaba con rencor. Había conseguido inmunizarse con una espesa capa de cinismo.

El taxi se detuvo frente al local.

El luminoso de neón ya funcionaba. Multicolores letras anunciaban el club Diana.

Barry Kingsley, tras abonar la carrera, descendió del vehículo. Encendió un cigarrillo indiferente a la curiosa mirada que le dirigía el individuo situado bajo el toldo de entrada. En una vitrina se veían varias fotografías de chicas ligeras de ropa. Las componentes del *show*. Judith destacaba de entre todas. Luciendo un modelo del que, difícilmente, se sacaría tela para una corbata.

Kingsley penetró en el local.

El clásico tugurio.

Largo mostrador a la izquierda, desordenadas mesas rodeando una pista circular, entablado para la orquesta y discretos reservados protegidos por sucios cortinajes.

Pocos clientes.

Aún era temprano.

Un penetrante hedor a sudor, tabaco y perfume barato se entremezclaban con nauseabundo resultado. Un olor que, pese a estar semidesierto el local, flotaba en el ambiente. Ya era parte del Diana. Un aliciente más.

La luminosidad era la normal.

Más bien nula.

A base de pilotos rojizos fijos y luces destellantes.

Cuatro individuos, los componentes de la orquesta, tomaron posiciones en el entablado iniciando la puesta a punto de los instrumentos musicales.

Barry Kingsley se acomodó en uno de los taburetes del mostrador.

Solicitó un Manhattan.

Aún no le había sido servido el pedido, cuando una de las mujeres que deambulaban por el local, se le acercó, con un provocativo ondular de caderas. En sus labios una profesional sonrisa.

—Hola, encanto. Eres muy madrugador.

Kingsley correspondió a la sonrisa.

—Me gusta ser de los primeros.

—Es una buena costumbre. Mi nombre es Doris. No recuerdo haberte visto por aquí.

—Soy turista.

Doris frisaba en los treinta años de edad. Su rostro con prematuras arrugas que el maquillaje no lograba simular. En East River se envejece demasiado pronto.

Entornó los ojos para dirigir una inquisitiva mirada a Barry Kingsley.

No.

No le pareció un turista.

—¿Buscas algo en particular?

—Tal vez.

Doris se aproximó un poco más. Pegándose materialmente a Kingsley. Sus brazos le rodearon la cintura por debajo de la chaqueta. Las manos femeninas subieron acariciando su espalda.

Kingsley sonrió burlón.

Conocía el procedimiento.

—Abajo a la izquierda, Doris.

—¿Cómo?

—No llevo funda sobaquera, pero guardo el revólver bajo el cinturón. Buscabas eso, ¿no?

La mujer retrocedió.

—Yo... yo no...

—Tranquila, nena. No soy policía.

La mujer creyó sinceras las palabras de Kingsley. Por su experiencia sabía cuándo un hombre mentía o no. De ahí que volviera a aproximarse a Barry Kingsley.

—Eres un tipo listo... ¿Qué buscas? Tal vez pueda ayudarte. Solo no conseguirás nada. Aquí somos muy desconfiados. ¿Qué te parece si tomamos unas copas en uno de los reservados? Una bebida... especial. ¿Es eso todo lo que buscas? Si prefieres un «petardo»... Tenemos de todo.

—Vas desencaminada, Doris. Soy agente teatral. Estoy aquí para presenciar el *show* del Diana. Busco nuevas estrellas para el Excelsior de Las Vegas.

Doris parpadeó.

Después de un leve estupor, terminó por reír en sonora carcajada.

—Tipo listo y divertido, ¿eh? Okay. No haré preguntas. ¿Me invitas a algo?

—Por supuesto, nena. Soy tipo listo, divertido y generoso. Píde lo que quieras.

El local se iba animando por momentos. Las mesas aparecieran ya ocupadas en su mayoría. Hombres solitarios, aunque también alguna refinada pareja que acudía al Diana en busca de emociones fuertes.

La orquesta ya había iniciado su repertorio haciendo que la pista de baile comenzara a poblarse.

—¿Cuándo empieza el espectáculo, Doris?

—El primer pase es dentro de unos treinta minutos. ¿Alguna en particular?

—Ajá, Judith Mahoney. Me sorprende no verla ahora por aquí.

Una desdeñosa mueca apareció en el rostro de Doris.

—Judith jamás pierde el tiempo. Cuando tú llegaste, ya había engatusado a un cliente. Un pez gordo. Todavía está con él.

Barry Kingsley saltó del taburete a la vez que arrojaba unos dólares sobre el mostrador.

—¿Dónde está?

—En uno de los reservados... creo que en el tercero... ¿Por qué tanta prisa?

Kingsley no se dignó responder.

Se alejó del mostrador a grandes zancadas, avanzando por entre las mesas y en dirección a los reservados, que se alineaban al otro lado del local. Cinco compartimentos separados por finos tabiques y entrada protegida por cortinajes.

Dos de ellos se veían vacíos.

Barry Kingsley llegó ante el tercero y, sin dudarlo, hizo correr la cortina.

El reservado contaba con un largo sofá y una mesa como único mobiliario. En la mesa, junto a unos vasos y una botella de *whisky*, un pequeño envoltorio.

Judith estaba en el sofá. Abrazada por un individuo viejo y adiposo. Fue ella la que se abalanzó sobre el envoltorio, tratando de ocultarlo. El individuo no reaccionó. Parecía ausente. Adormilado.

—Tranquila, Judith —sonrió Kingsley duramente—. No es necesario que escondas la «hierba»; aunque debo advertirte que el olor a «kiffi» se deja notar. Hay que aumentar la potencia de los extractores.

Judith, que en un principio y dada la escasa luminosidad no reconoció a Barry Kingsley, reaccionó, furiosa.

—Maldito bastardo... ¿Qué haces aquí?

—Velar por tu seguridad.

Los ojos de la mujer relampaguearon.

—También yo voy a darte un consejo, Barry. Si vuelves a importunarme, tu cadáver aparecerá en un bidón de basura. No es una amenaza. Con sólo chasquear los dedos, tengo una legión de voluntarios dispuestos a enviarte al infierno.

—Correcto, nena. Lo tendré en cuenta.

Kingsley giró, retornando nuevamente al mostrador. Descubrió a Doris bailando con un fulano. La plantilla femenina del Diana estaba muy solicitada. El local ya aparecía a rebosar.

La hora del *show* se aproximaba.

Barry Kingsley solicitó otro Mahattan.

Estuvo tentado de marcharse. Consciente de que allí perdía el tiempo. Judith no corría ningún peligro. Todo, afortunadamente, parecía ser una macabra broma de Harold Hawkins.

Kingsley decidió controlar los movimientos de Judith, por aquella noche. Y mañana regresar a San Francisco.

La orquesta, por llamar así a los cuatro aburridos individuos, cesó. Un tipo muy atildado anunció el comienzo del fabuloso espectáculo del Diana.

Barry Kingsley vio cómo Judith Mahoney desapareció tras una puerta situada paralelamente a la orquesta.

El *show* se inició con la bailarina oriental Aixa. Ejecutó muy bien la «danza del vientre». Máxime teniendo en cuenta que la tal Aixa se llamaba en realidad Betsy Logan y era de Boston.

Siguió un trío formado por dos hombres y una mujer. Realizaron una farsa obscena ante las risas del respetable.

Le llegó el turno a Judith.

El plato fuerte.

Así lo demostró el público conteniendo la respiración.

Judith apareció en la pista con un largo vestido muy ceñido al cuerpo. Resaltando provocativamente los opulentos senos y las redondeadas caderas. Empezó a bailar. Al sensual ritmo impuesto por la orquesta. El vestido, un modelo multicolor, semejava un rompecabezas.

Y las piezas comenzaron a desarmarse.

En un *strip-tease* que hizo desorbitar los ojos y a la concurrencia masculina.

Judith quedó en la pista con un inverosímil y casi inexistente bikini color carne. Bañada por un rayo de rojiza luz. La danza final se hizo más frenética. En un ritmo casi salvaje. Las piezas del vestido habían sido repartidas por entre los clientes de las primeras mesas. Y ahora vociferaban alzando los brazos para atrapar las últimas prendas.

El bullicio, aumentado por la trepidante música, era ensordecedor.

Judith arrojó la última prenda en dirección a Barry Kingsley.

El foco dejó de iluminar a la mujer. El local quedó unos instantes en la más completa oscuridad.

Al encenderse nuevamente las luces, Judith ya apareció con una

larga capa de terciopelo. Recibiendo una atronadora lluvia de aplausos y palabras de admiración capaces de hacer enrojecer a un sargento de marines.

Judith abandonó la pista camino de los vestuarios.

El individuo se había arrojado a los pies de Kingsley para apoderarse de la prenda femenina.

El resto del *show* transcurrió sin pena ni gloria.

Las parejas volvieron a adueñarse de la pista.

Barry Kingsley consultó la esfera de su reloj. Habían pasado ya cuarenta minutos desde la actuación de Judith.

Abonó la consumición, añadiendo un dólar.

—Oiga, amigo... ¿Qué ocurre con Judith?

El individuo del mostrador enfocó su mirada hacia los reservados.

—Búsquela por aquella zona. Es su campo de acción.

—Aún no ha regresado de los vestuarios. Desde que terminó su *show*. No he quitado el ojo de la puerta de camerinos.

El barman rió por lo bajo.

—¿De veras? Entonces no la espere más, compañero. Decídase por otra. Judith no regresará hasta el último pase de atracciones. Tiene permiso del jefe para salir del local cuando le venga en gana.

—Yo no la he visto salir.

—¿Sabe lo que es una puerta de servicio?

—Comprendo. Apuesto a que sabe dónde puedo localizarla.

—Seguro, pero no se lo diré.

Barry Kingsley hizo asomar un billete de cinco dólares. Al ver que el individuo no reaccionaba, sumó otros cinco.

El barman los atrapó.

—Si Judith no está aquí, significa que ha encontrado a un mirlo blanco.

—¿Dónde los despluma?

—En el 633 de esta misma calle. Unas manzanas más arriba. En el cuarto piso. Un apartamento propiedad del Diana. Le aconsejo que espere aquí. Como ya le he informado, Judith no estará sola. Ahora, disculpe..., tengo trabajo.

Barry Kingsley se encaminó hacia la salida.

Inspiró con fuerza el refrescante aire de la noche mientras avanzaba hacia el número indicado por el individuo.

Un edificio de grasienta fachada y aspecto ruinoso.

Kingsley dudó.

Temiendo un nuevo «patinazo» como el caso del reservado.

De pronto descubrió junto a la puerta de entrada al edificio una cajetilla de tabaco vacía. Roja, con bordes dorados.

Una cajetilla «Dunhill». Tabaco inglés que, aunque habitual en Nueva York, desentonaba en Barrio Altman.

Y Harold Hawkins, en San Francisco, le ofreció aquella marca de cigarrillos.

Barry Kingsley ya no dudó más. Penetró en la casa, precipitándose hacia la escalera y subiendo los peldaños de dos en dos.

Alcanzó la cuarta planta.

La puerta del apartamento estaba entreabierta y resonando a todo volumen una clásica polka de Strauss.

Kingsley empujó la hoja de madera.

El *living* se unía con el reducido salón.

De ahí que Barry Kingsley contemplara la espeluznante escena desde la mismísima entrada.

Judith yacía sobre la alfombra del salón. Con el vestido desgarrado y teñido de sangre.

Kingsley se tambaleó presa de las náuseas.

Judith tenía la yugular seccionada. Los dedos de sus manos amputados uno a uno. En el rostro, ahora convertido en máscara sanguinolenta, le habían sido arrancados los ojos.

CAPÍTULO VIII

Judith se despojó de la roja capa de terciopelo.

La perfección de su escultural cuerpo no fue apreciada por el individuo que estaba en el camerino.

—Parece ser un tipo de provincias, Judith. Un nuevo rico. Los dólares le asoman hasta por las orejas. Quiere tomar una botella de champaña contigo.

—¿Por qué precisamente yo?

Sam Bolger, propietario del Diana, sonrió, pellizcándose el lóbulo izquierdo.

—Tal vez un flechazo.

—Mándale al diablo. Hoy no estoy de humor para soportar a patanes.

Bolger continuó sonriendo.

Judith se había ajustado el dos piezas de negro encaje y ahora procedía a abotonarse un vestido de noche.

—El tipo en cuestión es generoso, Judith. Soltó un billete de diez dólares al viejo Spencer por sólo abrirle la portezuela del auto. Quiso hablar directamente conmigo. Botella de champaña con Judith, un par de «petardos» suaves y una excitante partida de póquer. Ése es su plan. Por ese orden. Uno de los muchachos ya le ha conducido al apartamento. Te está esperando, Judith. Yo iré en busca de Cliff y Frank. La partida de póquer promete ser interesante.

—No cuentes conmigo.

—Olvidé mencionar un pequeño detalle, muñeca. El tipo ya pagó la botella de champaña. Quinientos dólares. Son suyos.

Judith, frente al tocador, giró para dirigir una mirada de estupor a Sam Bolger.

—¿Quinientos dólares?

—Correcto, Judith. Ya te he dicho que el fulano está forrado de dólares. Es la primera vez que visita Nueva York. Quiere conquistar Manhattan en una sola noche.

—¿Cómo es él?

—¡Maldita sea! ¿Desde cuándo te ha importado eso? ¿Por qué tantas preguntas y remilgos? Son quinientos dólares para ti, Judith. ¡Aquí los tienes! No he tomado ni un centavo. Yo me conformo con lo que le saquemos en la partida de póquer. ¿Quinientos dólares y aún preguntas cómo es él? ¡Qué importa eso!

—A mí, sí me importa, Sam. Descríbelo.

Bolger ahogó un suspiro.

—Está bien..., por supuesto no se trata de Robert Redford. Es un tipo calvo, con gruesas lentes de miope y...

—Okay, Sam. Ya es suficiente. Temí que fuera un viejo conocido mío.

—¿Ocurre algo, Judith? Te encuentro algo extraña...

La mujer sonrió guardando los billetes en un pequeño bolso de mano.

—Tonterías. Todo marcha bien. ¿Dices que me espera en el apartamento?

—Sí. Cuando tengas todo preparado, telefoneas. Procura que no curioseé por la mesa de póquer ni con los juegos de naipes. En ocasiones, los tontos resultan ser los más peligrosos.

Judith abandonó el camerino recorriendo un largo pasillo que conducía a la parte trasera del Diana.

Calvo y miope.

No.

Aquél no podía ser Harold Hawkins.

Por mucho que hubiera cambiado.

Judith, mientras caminaba hacia el número 633, sonrió por sus absurdos temores. La amenazadora carta de Harold no le había impresionado; pero sí la insistencia demostrada por Barry Kingsley. Había conseguido alterarle los nervios.

Llegó a la casa.

En la cuarta planta se cruzó con uno de los hombres al servicio de Sam Bolger.

—Ahí dentro te queda el pichón, Judith. Cuídalo.

La mujer no respondió.

Del bolso extrajo una llave que introdujo en la cerradura. Empujó la puerta del apartamento.

El *living* aparecía iluminado. También el salón. Hacía éste dirigió sus pasos.

Judith, con aquel atrevido vestido, era la viva imagen de la tentación.

Y lo sabía.

Un individuo calvo, de pobladas cejas y ojos ocultos por gruesos cristales; se incorporó del sofá. Con ademanes nerviosos, depositó la revista «porno» sobre la mesa. Allí se amontonaban publicaciones danesas, suecas e inglesas dignas de figurar en la biblioteca del marqués de Sade.

—Hola... ¿Hace mucho que me esperas?

La insinuante voz de Judith hizo tartamudear al individuo.

—Oh, no... Yo..., el señor Bolger...

—Ya me ha hablado de ti, aunque no sé tu nombre — interrumpió Judith, aproximándose con provocativo movimiento de caderas.

—Zardox... Donald Zardox...

—¿No te han ofrecido nada de beber? Yo lo haré. Eres un fanático del póquer, ¿verdad? Con Bolger tendrás una agradable velada. ¿*Whisky*?

—¿Cómo...? Ah, sí... Gracias.

En el mueble bar había un tocadiscos acoplado.

Judith, después de preparar la bebida, introdujo un LP con las mejores polkas de Strauss.

—En unos minutos estaré contigo, Donald. Voy en busca de... cigarrillos.

La mujer abandonó el salón.

El llamado Donald Zardox depositó el vaso de *whisky* sobre una mesa. Se despojó de las gruesas gafas. Arrancó las cejas postizas. También su reluciente calva era simulada. Un postizo de piel artificial que ocultaba un fuerte y abundante cabello negro.

La fisonomía del individuo cambió por completo.

Llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta para sacar una afilada navaja de afeitar. También extrajo un rollo de cinta adhesiva.

Judith regresaba en ese instante.

Quedó bajo el umbral.

Mortalmente pálida.

—Harold...

—Hola, nena. Celebro que no me hayas olvidado.

—¿Qué... qué haces aquí?

Harold Hawkins chasqueó la lengua.

—¿Qué hago aquí? Temo que no hayas recibido mi carta. ¿O acaso la has considerado como una broma? Eso es, ¿verdad, Judith? Una broma del estúpido Harold.

Judith se fijó ahora en los postizos arrojados al suelo. También en la navaja empuñada por Hawkins.

Y la palidez se acentuó en sus facciones.

—Harold... no..., no puedes guardar rencor por lo sucedido hace años. Lo de tu hermana Stella fue un desgraciado accidente. No fue culpa mía..., ella se aficionó a las drogas y...

—¿Qué me dices del dinero, Judith? Todos mis ahorros. Había reunido aquel dinero con gran esfuerzo. Dólar a dólar. Montar una gasolinera y unir mi vida con la encantadora y dulce Judith.

—Te esperé, Harold. Lo juro. Me comunicaron que habías caído en Vietnam y ello me impulsó a...

Hawkins rió entre dientes.

—Pequeña embustera... Jamás olvidé lo ocurrido. Tu traición, la corrupción y muerte de mi hermana... ¿Rencor? Nada de eso, Judith. Es odio. Un profundo odio que nunca me ha abandonado. Que ha ido en aumento. Durante todos estos años, una agencia de información me ha mantenido al corriente de tu paradero. He esperado pacientemente la ocasión. Tenía que acabar contigo sin comprometerme, sin correr riesgos...; pero ahora ya nada importa. Incluso disfruto desafiando a la policía. Es mi último reto. Ahora, ahora que ya nada me importa, estoy seguro de no fracasar.

—Tratas de asustarme..., tú no eres capaz de...

La diabólica risa de Harold Hawkins volvió a interrumpir a la mujer.

—Eso ha sido tu perdición, Judith. El considerarme incapaz de cualquier acción violenta. El estúpido de Harold..., el pobre Harold..., el fracasado Harold... Fue un error el no dar aviso a la policía.

Hawkins avanzó con satánico brillo en los ojos.
Y Judith comprendió que aquello no era una broma.
Que iba a morir.

Quiso huir, gritar, defenderse...

Ya era demasiado tarde.

La cinta adhesiva taponó su boca y las manos fueron brutalmente atadas a su espalda.

Harold Hawkins la empujó, haciéndola caer sobre la alfombra del salón.

Se inclinó sonriente.

El rostro de Judith se desencajó en una mueca de terror.

Ante sus ojos centelleó la hoja de una navaja...

* * *

Barry Kingsley dominó con gran esfuerzo sus náuseas.

Se aproximó, contemplando más detenidamente el ensangrentado cadáver.

Sí.

Aquello era Judith.

Lo que quedaba de ella.

Por todo su cuerpo infinidad de sanguinolentos surcos. Sádicamente torturada. Amputados sus dedos, vacíos sus ojos...

Kingsley fijó su mirada en los postizos. Comprendió el truco de Harold Hawkins. Y también se sintió algo culpable de la muerte de Judith.

Atrapó el teléfono, discando su número en el dial.

Un número que no se había borrado de su mente.

Sonó una rutinaria voz a través del micro.

—Homicidios.

—Aquí el 633 de Dobs Road, Barrio Altman. Cuarta planta. Se ha cometido un asesinato. La víctima es Judith Mahoney.

—¿Quién habla...? Oiga...

Barry Kingsley colgó el aparato, procediendo a limpiar sus huellas con un pañuelo.

No quería complicaciones con la Brigada de Homicidios. No guardaba buenas relaciones con ninguno de sus miembros. Un tal teniente Garner se la tenía jurada.

Era preferible no dar la cara.

Abandonó el apartamento.

Con precipitado paso, avanzó por Dobs Road. Deseando alojarse lo antes posible de la zona. La policía pronto haría acto de presencia.

Barry Kingsley parpadeó.

Aquello parecía un milagro.

Un taxi llegaba hasta él con el piloto encendido.

Kingsley le hizo la correspondiente señal de parada, precipitándose en el interior del vehículo.

Sonrió, reclinándose en el asiento.

—¡Diablos...! No soñé con encontrar un taxi a estas horas y por esta zona. Adelante, amigo. Hacia el Columbus Park.

El auto arrancó.

El taxista, un individuo de ganchuda nariz, ladeó la cabeza.

—Tampoco a mí me agrada el barrio. Tengo por costumbre salir de él lo más rápido posible. Sin recoger ningún pasajero. Con usted, he hecho una excepción.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Usted es Barry Kingsley, ¿no?

Kingsley, que estaba encendiendo un cigarrillo, arqueó las cejas.

—Sí... ¿Cómo sabe mi nombre?

—Me dieron un encargo para usted.

La mano derecha del individuo, súbitamente, apareció empuñando una automática con tubo silenciador acoplado al cañón.

Apretó el gatillo.

Todo en una fracción de segundo.

Barry Kingsley, pese al inesperado ataque, reaccionó haciendo gala de extraordinarios reflejos. Se dejó caer del asiento, percibiendo el taponazo del disparo y el silbar de la bala a escasas pulgadas de su cabeza.

El individuo, que no esperaba errar el disparo, no se había molestado en detener el vehículo. Quiso controlar el volante con ambas manos, pero Kingsley le había atenuado el brazo derecho.

—¡Suelta...! ¡Vamos a estrellarnos...!

El auto realizó un brusco zigzag para, acto seguido chocar violentamente contra uno de los postes de riego.

Barry Kingsley, parapetado tras el asiento delantero, no sufrió

las consecuencias del brutal impacto.

El conductor no fue tan afortunado.

Se había hundido el volante en el pecho. Su cabeza, tras romper el cristal delantero y rebotar, aparecía ensangrentada.

Kingsley gateó hasta salir del vehículo.

Echó un vistazo al individuo.

Nada podía hacer por él.

Estaba muerto.

Algunos ventanales de las casas cercanas se iluminaron.

Barry Kingsley emprendió veloz carrera. Tampoco quería dar explicaciones a la policía de aquel accidente.

No se detuvo hasta divisar el luminoso del Ernest. Sólo entonces avanzó con pausado andar. Con un cigarrillo en los labios. Con aparente calma e indiferencia.

El recepcionista del hotel le entregó la llave.

Kingsley subió a su habitación, sintiendo que la sangre golpeaba con fuerza sus sienes.

Había sido un día pródigo en emociones.

Abrió la puerta de la habitación, penetrando en la estancia. Al accionar el interruptor de la luz, comprobó que las emociones aún no habían terminado.

Tenía visita.

—Hola, Barry.

Kingsley fue incapaz de responder al saludo del sonriente Harold Hawkins.

CAPÍTULO IX

Harold Hawkins jugueteaba con una «Super-Star».

—Oye, Barry... Apuesto a que sigues con esa costumbre de llevar siempre tu revólver. Vas a dejarlo caer al suelo. Con mucho cuidado.

Kingsley obedeció.

Su «German-Luger» cayó al suelo.

—Perfecto, muchacho. Ahora, empújalo con el pie. Sin movimientos bruscos.

Cuando Hawkins tuvo el arma al alcance de su mano, se inclinó, recogiéndola.

—¿Has sido tú, Harold? —inquirió Kingsley con voz ronca—. ¿Has matado a Judith?

—Demasiado sabes que sí. El estar en Nueva York demuestra que has leído la carta.

—Creí que era una broma.

—¿De veras? Eso mismo pensó Judith. Se trataba de mi venganza, Barry. Deseada y madurada durante mucho tiempo. Tú conocías a mi hermana Stella. Una chiquilla. Judith y Morgan acabaron con ella.

—¿Por qué has demorado esa venganza?

—Esperaba el momento oportuno, Barry. Siempre soñé con el placer de despedazar a Judith. Hoy lo he conseguido.

—Dejando tras de ti aplastantes pruebas en tu contra. Huellas en el apartamento, los postizos... y la carta. ¿Sigue en el domicilio de Judith?

—Por supuesto. Una buena pista para la policía, ¿verdad, Barry?

—Estás loco.

Hawkins sonrió.

—Es posible... Fui uno de los primeros repatriados del Vietnam. ¿Conoces las causas? Estaba enfermo. Me sometieron a tratamiento psiquiátrico. Sí... tal vez esté loco.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Qué has querido demostrar? La policía, cuando inspecciones el apartamento de Judith, encontrará la carta. Y en ella al culpable.

—No quiero demostrar nada, sino convencerme yo mismo de mis posibilidades. Siempre he sido un fracasado. Todo cuanto he emprendido salió mal. ¿Culpa mía? Eso es precisamente lo que deseo averiguar. Voy a cometer cuatro asesinatos, Barry. Ya he elegido a las víctimas. Acabaré con ellos teniendo a toda la policía tras mi pista. Un buen reto, ¿verdad?

Kingsley tragó saliva.

Percibió cómo un súbito sudor perlaba su frente.

—Imaginemos que consigues tus propósitos, Harold... Cuatro asesinatos. ¿Y luego? Te espera la cámara de gas. No podrás burlar a la policía por tiempo indefinido.

—Tú no puedes comprender el juego.

—¡Maldita sea! ¡Esto no es un juego, Harold!

—¡Quieto!

Barry Kingsley, que instintivamente había avanzado unos pasos, se detuvo. Inspiró, procurando calmar sus nervios.

—Escucha, Harold..., ignoro qué diablos te ocurre. He investigado en San Francisco. Tienes un magnífico empleo y estás prometido a la hija del gran Tuchner.

—Te lo diré cuando haya eliminado a la última víctima.

—Creo conocer la respuesta. —Kingsley fijó su mirada en Harold Hawkins. Estudiando cualquier posible reacción en su rostro—. ¿No está relacionada con el doctor Boyd?

Hawkins no se inmutó.

Acentuó la sonrisa de sus labios.

—¿Warren Boyd? Fue mi compañero en Vietnam. Un buen médico. ¿Qué ocurre con él?

La reacción esperada por Kingsley no se produjo.

Mesó nerviosamente los cabellos.

—Oh, Dios... no entiendo nada, Harold... ¿Por qué esas muertes? ¿Por qué ahora que se abre ante ti un prometedor futuro? Nancy te ama. Está preocupada por tu ausencia. Ella...

—No es necesario que sigas, Barry. Ahora es el momento de saldar cuentas. No puedo explicarte nada más. El actuar desafiando a la policía es un reto a mí mismo.

—Para demostrar que puedes salir triunfante.

Hawkins asintió.

—Correcto, Barry. Es mi última oportunidad. No debo fracasar.

—¿Por qué me has metido a mí en este satánico asunto?

—Te he hecho un favor, Barry. Nuestro encuentro en San Francisco fue casual. Eres colaborador de una publicación especializada en crónica negra. Creí que te interesaría el caso. Serás el primero en conocer la identidad de mis víctimas. También te desafío a que impidas mis crímenes. Desafío al mejor detective de los EE. UU.

Barry Kingsley se pasó el dorso de la mano por la sudorosa frente. Moviéndose lentamente la cabeza de un lado a otro.

—No acepto el reto... No quiero participar en tu sangriento juego.

—Ya es demasiado tarde, muchacho. Sé que te esforzaste por convencer a Judith. La aconsejaste que avisara a la policía. Acudiste al Diana para protegerla. Yo, bajo un perfecto disfraz, espiaba tus movimientos. Deberás hacer lo mismo con Ted Morgan. Él es mi segunda víctima.

—¿Morgan?

—Sí, Barry. Él y Judith gastaron mi dinero, fueron ellos los que condujeron a Stella hacia la muerte... Moran será el siguiente. Puedes comunicarlo a los lectores de The Crow. Te aprecio, Barry. Tus artículos causarán sensación.

—¿Por qué sigues fingiendo? Ya estás arrepentido de tus confidencias. Has contratado a un asesino a sueldo para liquidarme.

Harold Hawkins entornó los ojos.

—¿De qué estás hablando?

—Un asesino a sueldo intentó acabar conmigo. Me esperaba en Dobs Road.

—Soy ajeno a eso, Barry. Sólo trato de ayudarte proporcionando noticias en exclusiva para The Crow. Si deseara acabar contigo, no contrataría un asesino a sueldo. Lo haría yo mismo. No lo dudes. ¿Intentaron acabar contigo? ¿Te extraña? Llevas mucho tiempo fuera de Manhattan. Lejos de Barrio Altman. Sabes que allí se mata

al prójimo por unos centavos.

—El fulano conocía mi nombre.

—¿De veras? Entonces fue obra de Judith. No le gustaba tu asedio.

Kingsley sopesó aquella posibilidad.

Podía ser cierto.

Judith le amenazó si continuaba importunándola.

—Bueno, muchacho. —Harold Hawkins vació el cargador de la «German-Luger», depositando el arma en la mesa de noche—. Nos volveremos a ver. Ya conoces a la siguiente víctima. Ted Morgan. No tengo muchas noticias de él, pero supongo que se encontrará en Manhattan. Luego marcharé a San Francisco. Allí están los otros dos sentenciados. Todos deben morir en un plazo muy corto.

—Harold... necesitas un médico..., estás enfermo...

—¿Por qué no dices claramente que estoy loco? Eso es lo que piensas.

—Sólo un loco es capaz de semejante crimen. Judith era un amasijo de ensangrentada carne, mutilada... ¿Por qué esa crueldad?

—Lecciones de Vietnam, Barry. Pregunta al doctor Boyd. Es costumbre guardar trofeos de guerra. ¿Qué te parece éste?

Hawkins arrojó un pequeño estuche forrado de terciopelo.

Como los utilizados para conservar joyas.

Barry Kingsley lo abrió, sintiendo un vuelco en el corazón.

Allí estaban los ojos de Judith.

Todavía bañados en sangre.

Toda posible reacción de Kingsley fue cortada, al recibir un violento golpe en la nuca. Se vio envuelto en negras tinieblas. Pareció flotar en el aire, para acto seguido, caer de bruces.

Ya no sintió nada más.

* * *

Era de día.

Al menos así parecía indicarlo la tenue claridad del ventanal.

Barry Kingsley se incorporó torpemente. Al pasar su diestra por la nuca descubrió un bulto semejante al de una nuez. No sólo le dolía allí. Tenía el cuerpo dominado por agudas punzadas.

El bastardo de Hawkins pudo al menos dejarle sobre el lecho y

no en el duro suelo.

Kingsley consultó su reloj.

Funcionaba.

Era uno de eso modelos
anti-todo.

Señalaba las ocho horas y diez minutos.

Barry Kingsley, tras una estimulante y prolongada ducha fría, bajó a recepción, abonando la factura. Depositó allí su maletín. Tal vez pernoctara otra noche en Nueva York.

Todo dependía de Hawkins.

Mientras tomaba un ligero desayuno en la cafetería del hotel, consultó los matutinos. Sólo el New York Daily News, hacía referencia al crimen cometido en Barrio Altman. Un pequeño recuadro. Unas breves líneas para la muerte de Judith. Sin darle mucha importancia. Una víctima más en la violenta ciudad.

Kingsley abandonó el local.

Caminó en busca de una cabina telefónica desde donde telefonar a la policía. No consideró prudente hacerlo en el Ernest. Si la conversación se prolongaba podían localizar la llamada.

Descubrió una cabina.

Su deber de ciudadano era presentarse a la policía y hacer una declaración completa de cuanto sabía; pero temía las reacciones inmediatas. En Homicidios aún no le habían perdonado el que metiera las narices en varios asuntos. Máximo el teniente Garner. Le había eclipsado en muchos casos.

No.

No podía darse a conocer. Le complicarían la vida e incluso podía ser detenido por complicidad, por ocultación de pruebas, por encubridor...

Discó un número.

Otra vez le llegó la rutinaria voz.

—Homicidios.

—¿Quién lleva el caso Judith Mahoney?

Se produjo una corta pausa.

La voz sonó ahora más interesada.

—¿Quién llama?

—He hecho una pregunta, compañero —replicó Kingsley secamente—. Tengo importante información sobre el caso. ¿Quién

lo lleva?

—Pues... un momento. Voy a consultar y le paso comunicación con el oficial encargado del caso.

—Treinta segundos.

—¿Cómo?

Kingsley inspiró.

—Escucha, tipo listo. No vuelvas a hacerte el sordo para prolongar la conversación. Te doy treinta segundos para comunicarme con quien corresponda. Transcurrido ese tiempo, colgaré el micro. Y se perderá una buena información. ¿Okay?

El de la centralita no respondió.

Veinte segundos.

Ése fue el tiempo.

—Al habla el teniente Garner.

Barry Kingsley no pudo evitar una sonrisa.

El bastardo de Garner no había ascendido.

—Hola, Steve. Ayer telefoneé comunicando la muerte de Judith Mahoney. ¿Quieres conocer el nombre del asesino?

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quién es usted?

—Somos viejos amigos, Steve. ¿Y bien? ¿Quieres la identidad del asesino?

—Harold Hawkins.

Kingsley rió irónico.

—¡Diablos...! Sigues igual de sagaz, Steve. Supongo que has registrado el apartamento de Judith y encontrado la carta, ¿no? Por una vez has dado en el clavo. Se trata de Harold Hawkins con domicilio en San Francisco, California, en el 1875 de la Holt Avenue. Actualmente en Nueva York para cometer dos asesinatos.

—¿Dos?

—Eso he dicho, Steve. La primera víctima ya ha caído. La siguiente es Ted Morgan.

—Muy gracioso.

Barry Kingsley arqueó las cejas.

Sorprendido por el comentario del teniente.

—¿De verdad lo encuentra gracioso?

—Seguro. Apuesto a que te refieres a un tal Ted Morgan que, años atrás, mantuvo relaciones con Judith Mahoney.

—El mismo.

—Entonces no habrá segundo asesinato. Hace exactamente un par de días que Morgan se sentó en una incómoda silla. Con un casco por sombrero. Recibió dos mil trescientos voltios por espacio de dos minutos. Cuando llegó al infierno, ya iba un poco... «quemado».

—¿Quieres decir que fue..., ejecutado?

—Correcto. Y ahora, vas a responder a...

Kingsley colgó bruscamente la bocina.

Abandonó la cabina.

Aturdido.

¿Le había proporcionado Harold Hawkins una pista falsa o ignoraba realmente la muerte de Ted Morgan?

Se escuchó el ulular de una sirena.

Un auto de la Metropolitan Police se aproximaba a gran velocidad. En Homicidios habían localizado la llamada dando aviso al auto patrulla más cercano a la zona.

Barry Kingsley penetró en una de las bocas del subterráneo. En compañía de un centenar de personas más. Materialmente prensado en aquella lata de conservas humana.

La mente de Kingsley era como un torbellino.

La segunda víctima elegida ya estaba muerta.

Y las dos restantes, según palabras del propio Hawkins, residían en San Francisco.

Harold Hawkins ya estaría al corriente de la ejecución de Morgan. Y de seguro que ya habría emprendido regreso hacia California.

A la caza de la tercera víctima.

CAPÍTULO X

Barry Kingsley no llegó a tiempo para el primer vuelo Nueva York-San

Francisco. Y para el siguiente no había plazas disponibles. No se resignó a permanecer en Manhattan hasta el día siguiente; de ahí que indagara en todas las compañías aéreas.

Tuvo suerte.

Un vuelo chárter con destino a Los Ángeles.

Llegó a la meca del cine ya iniciada la tarde. No se movió del aeropuerto. Esperó allí la salida del primer vuelo Los Ángeles-San Francisco. La duración del viaje entre las dos ciudades californianas era de una hora que, unidas a las cinco de Nueva York-Los

Ángeles, hicieron que Kingsley aterrizara bastante maltrecho.

Su tarjeta de crédito, utilizada para abonar los pasajes, también había sufrido lo suyo.

Barry Kingsley subió a su apartamento con los vespertinos bajo el brazo. En ellos ya se ampliaba la noticia. Y una fotografía de Harold Hawkins como presunto culpable de la muerte de Judith Mahoney.

Nada más penetrar en el apartamento, resonó el teléfono.

Kingsley acudió al salón, atrapando el micro.

—¿Sí?

—¿Kingsley? Soy el doctor Boyd. He tratado de localizarle durante todo el día. Le supongo enterado de la noticia. Los periódicos de...

—Sí, Boyd. Estoy al corriente.

—Quiero hablar con usted, Kingsley. Es urgente.

—De acuerdo. ¿Dónde está?

—En el domicilio de los Tuchner. Nancy me proporcionó su teléfono. Ha sufrido un ataque de nervios. Nadie cree que Harold sea un asesino. De eso quiero hablarle. Ahora voy al Carson Hospital. ¿Le parece bien allí?

—Perfecto, Boyd. Deme unos cuarenta minutos.

—Le estaré esperando.

Barry Kingsley cortó la comunicación pasando al dormitorio.

Procedió a afeitarse y cambiar de ropa. Retornó al salón. Se sirvió un largo vaso de *whisky*, acomodándose frente a la mesa donde se situaba el teléfono.

Tecleó un número.

La voz de Norman Durning le resultó inconfundible.

—Aquí Kingsley. ¿Qué hay de lo mío, Norman?

—¡Maldita sea! ¡Están televisando un partido de los Giants! Siempre has pecado de inoportuno.

—Y tú de bocazas.

—Okay. Iré al grano. ¿Estás cómodamente sentado? La lista de inquilinos del 183 de la Fleet Avenue es algo larga. Padres de familia, viejas solteras, algún centro comercial...

—Supongo que habrás señalado lo más interesante.

—Sí.

—Empieza por ello.

—La Lancaster Company, dedicada a la exportación; una agrupación de *hippies* seguidores de un nuevo profeta llamado Galonx, un parvulario, una clínica de análisis médicos y chequeos, una peluquería de señoras que, en realidad, es pantalla para que varias taxi-girls ejerzan la profesión sin...

—Un momento, Norman. Esa clínica médica..., ¿es privada?

—Por supuesto. Dirigida y controlada por un tal doctor Stewart Wall. Especializada en realizar rápidos chequeos y análisis. No existe relación alguna con el doctor Boyd. Lo he investigado a fondo.

—Háblame de él.

—¿No sigo con los habitantes de la casa?

—Ya no es necesario.

—Correcto, Barry. Warren Boyd nos ha resultado un fulano modelo. Ningún punto negro en su vida. Estudios brillantes. Sus padres murieron hace años. En la actualidad, sin familia alguna. Era

hijo único. Voluntario en Vietnam destacó por el apoyo constante a los soldados. Regresó a casa antes de finalizada la contienda. Forma parte del cuerpo médico del Carson Hospital. Controla las fichas médicas de los empleados de varias empresas. La Ander Company, Grimes Steel y Tuchner Paper. Mantiene contactos con viejos ex combatientes del Vietnam. Les ayuda en sus necesidades. Lo dicho, Barry. Un tipo intachable.

—¿Eso es todo?

—A grandes rasgos. Puedo enviarte el informe detallado y aprovechar para cobrar mis honorarios.

—No te molestes, Norman. Me pasaré por tu pocilga un día de éstos.

—Eh, Barry...

Kingsley colgó el auricular.

Con una sonrisa cínica.

Norman Durning, de no surgir un milagro, tardaría en cobrar.

Barry Kingsley vació el vaso de *whisky*. Se ajustó una deportiva chaqueta de ante mientras se encaminaba hacia el *living*.

Abandonó el apartamento.

Su viejo «Torino» ya estaba a la puerta. De acomodó al volante emprendiendo la marcha.

El Carson Hospital estaba en la zona de Russian Hill.

Los luminosos de neón ya empezaban a parpadear por las calles de San Francisco. Pronto se iniciaría la alegre vida nocturna.

Aunque no para Kingsley.

Llegó al Carson Hospital. Un amplio y amurallado recinto. El hospital consistía en un edificio central y cuatro pabellones adosados a él. Como un gigantesco pulpo de cemento.

Barry Kingsley penetró por una de las entradas laterales. En aquella zona, el *parking* estaba menos poblado. Descendió del vehículo dirigiendo sus pasos al edificio central.

En recepción, y tras preguntar por el doctor Boyd, le indicaron el camino a seguir.

Warren Boyd le esperaba en un lujoso despacho.

Tendió su diestra a Kingsley.

—Gracias por acudir, Kingsley. Tome asiento, por favor.

Barry Kingsley se acomodó en uno de los sillones. También aceptó el cigarro ofrecido por Boyd. Esperó a que éste iniciara la

conversación.

—Bien, Kingsley... A decir verdad, no sé cómo empezar. Nancy me sugirió que le llamara. Está aturdida por los acontecimientos. Todos lo estamos. El que Harold aparezca como culpable de asesinato resulta absurdo. ¿Puede ayudarnos?

—¿Ayudarles?

—Soy amigo de Harold. Y también de la familia Tuchner. Harold y Nancy iban a contraer matrimonio. Lo ocurrido ha afectado a Nancy. No comprende esa acusación contra Harold. Usted le acompañó al aeropuerto, conversó con él y...

—Harold es culpable.

Las firmes palabras de Kingsley hicieron parpadear al doctor.

—No..., no es posible...

—Lo es, Boyd. Desgraciadamente. Fui a Nueva York. Tras los pasos de Harold. Me confesó el crimen cometido. Odiaba a Judith Mahoney. Le engañó y cometió otros actos que acentuaron el rencor de Harold.

—De eso hace mucho tiempo, ¿no?

—En efecto. Fue durante la estancia de Harold en Vietnam. Harold demoró su venganza. La ejecutó ahora que precisamente todo parecía sonreírle. Extraño, ¿verdad?

Warren Boyd no respondió.

Mesó nerviosamente sus cabellos.

—Hay algo más. Si la policía no le da caza, Harold cometerá dos crímenes más. Él mismo me lo aseguró.

—Dios mío...

—No es el momento de lamentaciones, Boyd. Yo le he dicho lo poco que sé. Harold es culpable. Y me gustaría saber qué le impulsa a actuar así. Espero su respuesta.

—Nada puedo añadir.

Kingsley se incorporó.

Irritado.

—¿De veras? Tengo mis sospechas, Boyd. Resulta absurdo que Harold, con una futura boda con Nancy Tuchner, decida echar por tierra tan brillante porvenir. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué declararse abiertamente como el asesino de Judith? ¿Por qué desafiar a la policía? Nada parece importarle. Recientemente fue sometido a un chequeo médico. Quiero conocer los resultados.

—No puedo...

Kingsley golpeó la mesa con su puño derecho.

—¡Al diablo con el secreto profesional! ¡Ya se ha cometido un asesinato y dos víctimas más esperan turno! Quiero conocer ese informe.

Warren Boyd dudó unos instantes.

Se incorporó para acudir a un descomunal fichero empotrado en la pared. Abrió uno de los cajones y, tras unos segundos de búsqueda, extrajo una carpeta que tendió a Kingsley.

—Ahí lo tiene, Kingsley. El último reconocimiento médico de Harold Hawkins. No he sentido reparo en mostrarlo, ya que es totalmente normal. Puede comprobarlo.

Barry Kingsley consultó el *dossier*.

Muy completo.

Auscultación, palpación y percusión de los órganos principales; análisis de orina y sangre con pruebas funcionales hepáticas, renales, reumáticas, colesterinemia... Radioscopia general con radiografías de los puntos dudosos de isótopos radiactivos, electrocardiogramas...

Todo normal.

—Ruego disculpe mi comportamiento, Boyd. Creí que... sospeché una enfermedad incurable en Harold. Sólo así se explicaría su modo de obrar. Su indiferencia a todo.

—Puede que su enfermedad sea mental. En Vietnam sufrió algún desequilibrio psíquico. Yo mismo ordené su regreso a los EE. UU.

—¿Fue sometido a tratamiento?

—Unos pocos meses. Fuera del horror del Vietnam, en la vida normal, no parecía sufrir trastorno alguno. De ahí que se le diera pronto de alta.

—Harold me habló de usted. Fue al preguntarle por ese sadismo en la muerte de Judith. Dijo que usted tenía la respuesta.

Warren Boyd se dejó caer en el sillón giratorio.

Su voz sonó grave.

—Harold era un buen muchacho. De nobles sentimientos. En Vietnam se cometieron atroces desmanes. Por nuestros propios hombres. Monstruosidades denunciadas por la Prensa mundial. Ya no hablo de las matanzas de My-Lai,

Song-My

o Pinkville. Me refiero a los métodos empleados por algunos de nuestros soldados. Indignos de ser llamados norteamericanos. Se torturaba a los prisioneros para hacerles hablar. Se les cortaba los dedos, se les arrojaba desde los helicópteros para obligar a hablar a los demás... Una joven vietnamita fue amarrada a una estaca y violada por varios soldados, terminando con ella vertiéndole trementina. Harold pasó por todo eso. En las noches se despertaba aullando como un poseso. Todo aquello le atormentaba. No le digo nada nuevo, Kingsley. Con sólo consultar la Prensa de la época, conocerá detalles aún más espeluznantes. Denunciados por corresponsales de los EE. UU. De nada sirven las disculpas de soldados drogados. Fue algo horrible. Harold no participó jamás en aquellas sangrientas orgías; pero quedaron grabadas en su mente. Tampoco yo las he olvidado.

—Harold parece querer revivirlas. Mutiló salvajemente el cuerpo de Judith.

—Algo debe haberle trastornado. Casi no puedo creer en su culpabilidad. Para Nancy será un duro golpe.

Kingsley aplastó el cigarrillo.

Dando por terminada la conversación.

El doctor Boyd le acompañó hasta la puerta de salida.

—Oiga, Kingsley... Parece que Harold le ha convertido en su confidente. Si vuelve a ponerse en contacto con usted, le agradecería le comunicara que deseo hablarle. Tal vez pueda convencerle para que abandone tan loco proyecto.

—Lo haré, Boyd.

Barry Kingsley abandonó el edificio, encaminándose hacia el *parking*. En aquella zona la oscuridad era casi total. Fue a abrir la portezuela del auto cuando un sexto sentido pareció advertirle del peligro.

Kingsley se ladeó de ágil salto.

El cuchillo realizó un rápido semicírculo, rasgando la carrocería del vehículo.

Pudo distinguir a su atacante.

Un individuo corpulento. De rostro cuadrado y pelo muy recortado. En su diestra un cuchillo de corta y ancha hoja.

Barry Kingsley, consciente de la peligrosidad del individuo, no le

dio ocasión de enmendar el fallo.

Cuando giró, dispuesto a hundir el cuchillo en Kingsley, éste le propinó un brutal puntapié al bajo vientre. Al doblarse por el golpe recibido, Kingsley lo completó con un trallazo en la nuca.

El individuo cayó.

Y al besar el suelo, profirió un desgarrador grito.

Un grito que resonó con gran estruendo en el silencio de la explanada.

Barry Kingsley se inclinó sobre el caído, imaginando lo ocurrido.

El individuo se había clavado el cuchillo en el pecho. Hasta la empuñadura. Se retorció aullando de dolor.

A sus gritos acudieron, procedentes del edificio central, varios enfermeros. Y también el doctor Boyd.

—¿Qué ha ocurrido, Kingsley?

—Este hombre me atacó..., al caer se hundió el cuchillo...

Uno de los enfermeros retornó al edificio para regresar con una camilla. Al depositar en ella al herido, exclamó:

—¡Es Saxon...! Bruce Saxon...

—¿Le conoce? —inquirió Kingsley.

—Era conductor de ambulancias aquí en Carson Hospital —dijo otro de los enfermeros—. Fue despedido hace unas semanas.

—Llévalo a un de las salas de urgencia —ordenó Boyd—. Yo iré de inmediato.

Los dos camilleros se alejaron con el herido.

—Debo dar cuenta de lo ocurrido a la policía, Kingsley; aunque sospecho que no le molestarán mucho. Bruce Saxon fue despedido por intento de robo a uno de nuestros pacientes. Tenía muy mala reputación. Intentó robarle.

—Lo dudo.

—¿Qué quiere decir?

Barry Kingsley sonrió.

—Tonterías. No me haga mucho caso.

—¿Se marcha? A la policía no le gustará eso. Debería quedarse para prestar declaración.

Kingsley, ya al volante de su auto, asomó la cabeza por la ventanilla.

—Que tomen declaración a ese tal Saxon. En cuanto a mí... no me preocupa. Mis relaciones con la policía local son

extremadamente cordiales. Hasta pronto, doctor.

Kingsley apretó el pedal del gas.

El vehículo dejó atrás el amurallado recinto del Carson Hospital.

Sin abandonar la zona de Russian Hill, Kingsley hizo una momentánea parada frente a un *snack*. Compró cigarrillos y efectuó una llamada telefónica. En su mente surgían confusas ideas. Estaba convencido de que por dos veces habían intentado matarle.

¿Por qué?

¿Por orden de quién?

Harold Hawkins.

Suyo era aquel maldito caso.

Barry Kingsley se precipitó en el auto. Había recordado algo de vital importancia. Un detalle que, imperdonablemente, le había pasado por alto.

La agencia de depósitos donde Hawkins, según información del taxista, había dejado su equipaje.

¿Continuaría allí?

Kingsley decidió averiguarlo.

Se dirigió hacia Nob Hill, descendiendo por la populosa Jones Street. A la altura de la Grace Cathedral se desvió a la derecha. Diez minutos más de trayecto y llegó a la agencia de depósitos sita en el Hyer Building.

Su estacionamiento coincidió con el de un taxi.

Barry Kingsley vio cómo una muchacha descendió del vehículo sin abonar la carrera. Reconoció a la mujer. De ahí que esperara hasta comprobar que penetraba en la agencia.

Kingsley sonrió.

Estaba de suerte.

Descendió del «Torino», avanzando hacia el taxi.

El conductor era un negro de amarillentos dientes. La excepción de la regla.

—Hola, amigo.

—No estoy libre, señor.

—Lo sé. Conozco a la chica. Es mi novia, ¿sabe? Hemos discutido y quisiera hacer las paces. Viene a recoger su maleta para marchar con sus padres; pero yo quiero que regrese conmigo. ¿De cuánto es la carrera?

El negro consultó el contador.

—Va para los tres dólares.

Kingsley le tendió cinco.

—Puede quedarse con el cambio.

—Gracias, señor. Le deseo suerte.

El taxi se alejó.

Barry Kingsley encendió un cigarrillo apoyado en la parte delantera de su auto. Con la mirada fija en la entrada a la agencia.

A los pocos minutos apareció la muchacha, portando en su diestra una voluminosa valija.

Kingsley volvió a admirar aquel escultural cuerpo.

Sí.

Margaret Kirks, secretaria particular de Hawkins, era todo un monumento.

CAPÍTULO XI

La muchacha quedó sorprendida por la desaparición de su taxi. Una tenue palidez se apoderó de sus mejillas al descubrir la presencia de Kingsley. Éste se había aproximado con cínica sonrisa.

—¿Me permites, Margaret? Es demasiada carga para ti. Aquí tengo mi auto. No es muy vistoso, pero funciona. ¿Dónde nos espera Harold?

—¿Quién es usted?

—¿Yo? Creí que ya nos conocíamos. Barry Kingsley. Un amigo de Harold. Al igual que tú, ¿no?

—Harold es inocente. Se le acusa de un crimen que no ha cometido.

—¿Cuándo le has visto? ¿Dónde te ha citado?

—No responderé a sus preguntas.

Kingsley había introducido la valija en la parte posterior del «Torino». Abrió la portezuela correspondiente al asiento delantero.

—Escucha con atención, Margaret. Soy amigo de Harold. Trato de ayudarle.

—Miente.

—De no ser amigo de Harold, ya hubiera avisado a la policía. Y tú estarías ahora en la Brigada de Homicidios, sometida a interrogatorio. ¿Es eso lo que quieres?

—Harold es inocente.

—¿Te lo ha dicho él?

—¡Ni tan siquiera se lo he preguntado! ¡Lo sé! Harold es un hombre bueno. Jamás haría daño a nadie.

Kingsley ahogó un suspiro.

Chica bonita, pero tirando a tonta.

—Ya discutiremos eso, Margaret. Ahora vamos con Harold. Y

responde a mis preguntas o lo harás en Homicidios. ¿De acuerdo?

Margaret asintió con leve movimiento de cabeza.

Se acomodaron en el vehículo.

Margaret lucía un juvenil modelo camisero. Muy ligero. Muy sucinto. Muy provocativo. Sus piernas, de largos y esbeltos muslos, se mostraban con generosidad enfundadas en finos *pantys*.

Kingsley tragó saliva.

Esforzándose en pensar en otras cosas.

—¿Adónde?

—Al 1645 de Baxter Street. Es mi apartamento.

—¿Harold quedó en acudir a tu apartamento?

—Sí.

Barry Kingsley sacudió la cabeza, asombrado de la candidez e inconsciencia de la muchacha. Un individuo oficialmente reclamado por asesinato decide acudir a su apartamento y ella se muestra conforme.

La joven pareció adivinar los pensamientos de Kingsley.

—Confío en Harold. Siempre fue muy bueno conmigo. Mis padres murieron en un accidente. Yo quedé sola. Por primera vez. Harold me dio ánimos para llevar mi desgracia, sin desanimarme, a luchar por vivir... Todo ello sin pedirme nada a cambio. Es un hombre bueno.

—¿Cuándo le has visto?

—No lo he visto. Telefoneó a mi apartamento preguntando si estaba dispuesta a ayudarlo. Le respondí afirmativamente. Dijo que acudiera a un *snack* cercano a mi domicilio. Allí había dejado un sobre a mi nombre, conteniendo el resguardo de la agencia de depósitos. Debería llevar su valija a mi apartamento. Él pasaría a por ella. Eso es todo.

Kingsley no hizo ningún comentario.

El auto ya circulaba por Barrio Lang.

Después de un recorrido por empinadas calles, llegó al lugar mencionado por Margaret. El 1645 de Baxter Street.

Descendieron del vehículo.

Kingsley se había apoderado de la valija.

—Adelante, Margaret. Esperaremos juntos la llegada de Harold.

Penetraron en el edificio, caminando hacia el elevador.

Margaret pulsó el botón correspondiente a la tercera planta. Fue

ella la primera en salir de la cabina y recorrer el alfombrado pasillo. Del monedero, extrajo una diminuta llave.

El apartamento era acogedor. Femeninamente decorado. Con excelente buen gusto.

Kingsley trazó una semicircular mirada por el salón.

—Muy bonito, Margaret... Me gusta. No me molestaría permanecer aquí el resto de la noche.

La joven enrojeció.

—Empiezo a arrepentirme de...

—Tranquila, muñeca —interrumpió Kingsley, dejándose caer en el largo sofá—. ¿Sabes cocinar? Aún no he cenado.

—Sé cocinar, pero no pienso hacerlo para ti. Lo máximo sería abrir una lata de conservas.

—Maravilloso, Margaret. Eres muy amable.

La muchacha se alejó del salón.

Barry Kingsley encendió un cigarrillo, pasando a inspeccionar la valija. No le resultó difícil hacer saltar el cierre. Comenzó un detallado registro.

Así le sorprendió Margaret.

—¿Por qué haces eso? No tienes ningún derecho.

Kingsley quedó unos instantes con la boca entreabierta.

Margaret había cambiado de vestimenta. Ahora lucía pantalones tejanos y ligera blusa anudada bajo el busto. Con una franja de su bronceado cuerpo al descubierto. Los senos se delineaban desafiantes bajo aquella única prenda.

—¿Decías...?

—Estás registrando las pertenencias de Harold. ¿Acaso le consideras culpable? ¿Crees que mató a esa chica de Nueva York?

—No le considero culpable, Margaret. Sé que es culpable. Él mismo me lo confesó. Y hay algo más, cándida paloma. El bueno de Harold tiene planeados un par de asesinatos más.

—No te creo.

Barry Kingsley se encogió de hombros. Continuó el registro de la valija. Sus manos atraparon una carpeta de azules tapas. En la parte superior, a modo de membrete, se leía: «Clínica del doctor Stewart Wall».

Fue en ese instante cuando sonó el timbre del teléfono.

Kingsley y Margaret intercambiaron una rápida mirada.

—Contesta tú, Margaret. Tal vez se trate de Harold. Dile que tienes la valija y que puede pasar a recogerla.

La muchacha atrapó el auricular.

Con temblorosa mano.

—¿Sí?

De nuevo la palidez se apoderó del rostro de Margaret. Lentamente, tendió el micro a Kingsley.

—Es..., es Harold. Quiere hablar contigo. Sabe que estás aquí.

Kingsley sonrió.

—No te sorprendas, nena. Harold siempre fue un tipo listo. ¿Tienes supletorio?

—Sí..., en mi dormitorio.

—Perfecto. Quiero que escuches mi conversación con Harold.

—Pero...

—¡Obedece!

Barry Kingsley, con el micro pegado al pecho, esperó a que la joven llegara al dormitorio.

Inició la conversación.

—¿Qué hay, Harold?

La voz de Hawkins le llegó ronca, jadeante, excitada...

—No pierdes mi pista, Barry... Eres un buen detective.

—Gracias, malnacido; aunque en Nueva York me proporcionaste un dato falso. Tu siguiente víctima era Ted Morgan.

—Ignoraba su muerte, Barry. Y lamento no haber sido yo quien le enviara al infierno. Regresé a California seguro de que tú, al conocer la ejecución, también lo harías. ¿Qué te parece mi secretaria?

—Un bombón.

—Te debe la vida, Barry. La seguí al dirigirse a la agencia. Fue cuando te vi entrar en acción. De no ser así, hubiera recuperado la valija y Margaret estaría ahora muerta.

—Eres un tipo agradecido.

—Sólo estoy escupiendo el odio almacenado durante muchos años. La mayoría mueren emponzoñados. Sin haber podido vomitarlo. Por miedo a las represalias. Yo no temo a nada, Barry. Sé que toda la policía de San Francisco está tras de mí; pero jamás me darán caza. ¿Ya has enviado tus artículos a The Crow?

—Tengo por norma dar un final ejemplar a mis historias de

crímenes. Me gusta narrar cómo el asesino también paga su culpa.

Harold Hawkins rió por lo bajo.

—Haces mal, Barry... Yo te proporciono noticias de primera mano. Rigurosa exclusiva. Ahora mismo voy a mencionarte el nombre de la siguiente víctima. Se trata de Nancy. Nancy Tuchner, mi bella prometida.

Kingsley palideció.

Su diestra aferró el auricular hasta hacer blanquear los nudillos.

—Escucha, Harold..., no puedes hacer eso... Nancy no...

—Nancy es mi prometida, Barry. Mía. Celebraremos la boda en el Más Allá.

—Estás loco, Harold... ¡Necesitas ayuda...! El doctor Boyd quiere comunicarse contigo. Tal vez él consiga que...

—Adiós, Barry. Se me hace tarde. No es correcto que el asesino haga esperar a la víctima.

—Harold... ¡Harold...!

La comunicación había sido cortada.

Kingsley abandonó el salón, precipitándose hacia una de las abiertas puertas del corredor. Correspondiente al dormitorio de Margaret.

La muchacha estaba sentada al borde del lecho. Pálida como la azucena. Su mano derecha aún sostenía el micro. Incapaz de reaccionar.

—¡Pronto, Margaret! ¿Conoces el teléfono de Nancy?

—Sí...

—¡Llámalas!

Margaret discó un número.

El aparato le fue arrebatado impetuosamente por Kingsley.

Respondió una voz femenina.

—Casa de los señores Tuchner.

—Quiero hablar con Nancy..., con la señorita Tuchner... ¡Es urgente!

—Lo lamento, señor. La señorita Tuchner no se encuentra en casa. Salió hace veinte minutos. Dijo acudir a una cita muy importante.

Barry Kingsley sintió un nudo en la garganta.

La cita de Nancy era con la muerte.

CAPÍTULO XII

Barry Kingsley terminó de consultar la carpeta de azules tapas.

Margaret se hallaba sentada a su lado.

—¿Crees que llegarán a tiempo, Barry? ¿Podrán encontrarla?

—Lo dudo. El haber dado la alerta de poco servirá. Además..., apuesto a que Nancy, siguiendo instrucciones de Harold, habrá procurado no dejar ninguna pista. También ella confió en Harold.

—Dios mío..., y pensar que yo..., no podía imaginar que Harold...

Kingsley acarició con suavidad la mejilla de la joven.

—Tranquilízate. Resulta cruel, pero no se debe confiar en nadie. Creo que Harold tiene algo de razón al afirmar que todos almacenamos odio en nuestro interior y que sólo muy pocos lo sacan a la superficie. Sí, Margaret. Odio, maldad, ambición... No se debe confiar en nadie. Y menos en los que parecen honrados. Ésos son los peores.

—¿Qué podemos hacer?

La cena preparada por la muchacha reposaba en una bandeja. Junto con una lata de cerveza.

La conversación con Hawkins había cortado de raíz todo apetito.

—Busca el teléfono del Carson Hospital. Quiero hablar con el doctor Boyd.

—Ahora no le encontrarás allí.

—¿Cómo estás tan segura?

—Hoy es viernes. No está en el servicio de noche del hospital. ¿Quieres que llame a su domicilio particular?

—¿Dónde vive?

—Tiene un apartamento en la zona residencial del Barrio Dawson. El 937 de Hackett Boulevard.

—Me pasaré por allí. Tengo la corazonada de que Harold efectuará una visita al doctor Boyd.

—No puedes marcharte ahora, Barry, La policía dijo que esperáramos aquí. Nosotros les hemos informado del peligro que se cierne sobre Nancy.

Kingsley sonrió.

—La policía de San Francisco ya me conoce. Somos uña y carne. Te tomarán declaración y se harán cargo de la valija de Harold; aunque no les será de mucha ayuda.

—Tú pareces haber encontrado en ella algo interesante.

—Oh, sí; pero yo juego con ventaja. La policía está en el principio y yo ya divisó la meta.

—¿Qué quieres decir?

Kingsley volvió a sonreír.

Abarcó con sus manos el rostro de la muchacha, para acto seguido, besarla en la comisura de los labios.

—Un día de éstos, cuando cenemos juntos, te contaré esta fea historia.

Ya en el *living*, Margaret le retuvo por el brazo.

—Barry...

—¿Sí?

—Ten mucho cuidado.

Margaret estaba demasiado cerca. Y era demasiado hermosa para que Kingsley se resistiera. Ahora besó más apasionadamente los gordezuelos labios femeninos.

Se separó.

—Hasta pronto, Margaret.

Barry Kingsley no esperó al elevador.

Minutos más tarde ya se encontraba al volante del «Torino».

En dirección a Barrio Dawson.

San Francisco vivía ya una de sus clásicas y alegres noches. El típico «Año Nuevo Cada Noche».

Y en algún rincón de la ciudad reposaría el ensangrentado cadáver de Nancy Tuchner.

* * *

Warren Boyd depositó el libro sobre la mesa al oír sonar el

llamador. Se incorporó del sofá, acudiendo al amplio *living*. Abrió la puerta de entrada al *bungalow*.

No había nadie bajo el porche.

Boyd parpadeó repetidamente.

Juraría haber oído el timbre de llamada.

Accionó el interruptor que daba luz al porche y parte del jardín que circundaba el *bungalow*.

No había nadie.

Warren Boyd retornó al salón.

Y en el sofá encontró a Harold Hawkins. Con una pequeña caja en sus manos. Muy sonriente.

—Hola, Warren.

—¡Harold...! ¿Qué... qué haces aquí? ¿Por dónde has entrado?

—Puerta de servicio, Warren. Conozco bien tu casa. ¿Qué te ocurre? Pareces sorprendido. ¿No querías verme?

Boyd reaccionó, avanzando con gran excitación.

—¡Maldita sea, Harold! ¿Qué has hecho? ¡Te has convertido en un asesino!

—Correcto, Warren.

—¿Por qué?

—Es fácil de adivinar. La última voluntad del condenado a muerte. Un cigarrillo, una buena comida... Yo he ido más lejos. Yo no quería morir solo. ¿Recuerdas la historia de Judith? Deseaba vengarme, pero tenía miedo a las consecuencias. Era cobarde. Ahora, cuando ya nada me importa, he calmado mi sed. Sin ningún temor. ¿Qué miedo puedo sentir? Mis días están contados.

—La policía...

—¡Al diablo con ellos! No me darán caza. He vuelto a matar, Warren. Por segunda vez.

Warren le contempló con ansiedad.

—Nancy... Sí, Warren... Ella me pertenecía. Su corazón era mío. La he matado. Su cuerpo aún está caliente. La policía la encontrará en un sucio motel de Green Road.

Warren Boyd palideció.

Tartamudeó, incapaz de coordinar las palabras.

—No..., no es cierto... Nancy no...

—Lo decidí la misma noche en que me comunicaste la noticia. Yo era un cadáver viviente. Y no iba a morir solo. Muerte para

Judith... y también para Nancy. Ella, mi prometida, me acompañaría al Más Allá. Era lo justo, Warren. No podía dejarla. Era mi gran oportunidad.

—Estás loco..., loco...

Hawkins no pareció escuchar el balbuceo del doctor.

—Hay algo más, Warren. Tú serás el padrino de la boda. En el infierno. También a ti te designé como víctima. Me salvaste la vida en Vietnam... y ahora me has sentenciado. También a ti te odio.

Hawkins se había incorporado del sofá.

En su diestra apareció una navaja de afeitar.

—No..., no, Harold..., estás en un error... Te mentí... No vas a morir... Todo fue un engaño..., una trampa para conseguir mis propósitos...

—Por favor, Warren. Recuerda tus palabras. Hay que saber morir. Yo ya me he hecho a la idea.

—¡Es cierto! ¡Te engañé, Harold! —gimoteó Boyd, presa del miedo—. Yo estaba enamorado de Nancy. Mucho antes de que tú aparecieras en su vida. Posiblemente se hubiera casado con ella de no ser por ti. Su padre lo aprobaba..., pero llegaste tú, echando por tierra mis planes. Decidí acabar contigo. Nancy me habló de vuestra unión y fue entonces cuando estudié un plan de acción... Un falso informe médico...

Hawkins chasqueó la lengua.

—No sigas con esos embustes, Warren. Llevé el informe a una clínica privada donde me confirmaron el diagnóstico. Tumor canceroso en el cerebro sin posibilidad de salvación.

—Ese informe pertenecía a un paciente ya muerto. Yo..., yo creí que, al conocer la noticia, podrías fin a tu vida. Deliberadamente dejé el tubo de tranquilizantes al alcance de tu mano...

—Mientes para salvar el pellejo.

—No está mintiendo, Harold —dijo súbitamente Barry Kingsley, desde la puerta del salón—. Todo es parte del diabólico plan de Warren Boyd.

Hawkins giró con rapidez.

La hoja de afeitar trazó un rápido semicírculo.

Rió al descubrir la presencia de su viejo amigo.

—Diablos..., aquí tenemos al gran Kingsley... ¿También tú tratas de engañarme?

Barry Kingsley fijó su mirada en el pálido Boyd.

—Es la verdad, Harold. No padeces ninguna enfermedad. En el Carson Hospital está tu ficha médica. Boyd te presentó una falsa. La que tú te llevaste a la clínica Wall. Te mencioné que atentaron contra mí en Nueva York. Un asesino a sueldo contratado por Boyd. No quería que llegara a conocer la verdad. Temía que tú me contaras lo de la... enfermedad mortal.

—¡Mientes...! ¡Estoy sentenciado...! ¿No es cierto, Warren? ¡Responde, bastardo!

Harold Hawkins se había abalanzado sobre el doctor, aferrándole por la solapa y apoyando la navaja en su garganta.

—Es..., es la verdad, Harold..., no estás enfermo..., yo suponía que pondrías fin a tu vida... Me desorientó el que marcharas a Nueva York. Kingsley era amigo tuyo. Temí que le comunicaras lo del informe médico y descubriera el engaño. Ordené a un tal Jeff Lewis, un ex combatiente del Vietnam, que siguiera a Kingsley y acabara por él.

Kingsley intervino.

Con dura voz.

—Ya estoy al corriente de eso, Boyd. Una agencia de investigación me informó del hombre muerto en Nueva York. También de Bruce Saxon... Ambos ex combatientes del Vietnam. Pacientes tuyos, ¿verdad? Hombres tarados que te obedecían ciegamente. Saxon ha muerto en el hospital. Apuesto a que has hecho muy poco por salvarle. Fue un error el atacarme allí. Sólo tú sabías que iba al Carson Hospital. Y Saxon ya me estaba esperando.

Harold Hawkins sacudió la cabeza.

Aturdido.

—No..., no es posible..., ¿por qué ordenar tu muerte? ¿Qué importaba el que yo te comunicara mi enfermedad?

—Muy sencillo, Harold. Tarde o temprano caerías en poder de la policía. Vivo o muerto. Y se comprobaría que no padecías enfermedad alguna, que todo fue una diabólica jugada de Warren Boyd para impulsarte al suicidio.

Boyd, con el rostro bañado en sudor, entreabrió trabajosamente los labios.

—Yo..., yo no podía imaginar las consecuencias que...

—¿Seguro? —rió Hawkins—. ¡Sólo querías mi muerte! ¡El

cobarde de Harold pondría fin a su vida al saberse sentenciado! ¿Eso es, verdad? ¡Ése era tu plan! Hijo de perra..., lo has conseguido..., has acabado conmigo... Bien, Warren... ¡Juntos al infierno!

—¡No, Harold...! ¡No lo hagas...!

El grito de Kingsley coincidió con el gutural alarido de Warren Boyd.

El movimiento de Hawkins fue rápido. Violento. De brutal tajo, seccionó la yugular de Boyd.

Harold Hawkins, terminada su acción, no soltó la ensangrentada navaja.

Contempló a Kingsley.

Con lágrimas en los ojos.

—¿Te das cuenta, Barry...? He nacido para perder... y tú también..., tú también vas a morir...

—Tu mente sí está enfermo, Harold. Debes entregarte a la policía. La satánica intervención de Boyd influirá a tu favor. Serás internado en un sanatorio y...

—¿Crees que estoy loco...? Deseaba matar a Judith... siempre soñaba con ello. ¿Por qué crees que hice seguir sus pasos durante estos últimos años? No quería perder su pista. Tenía que matarla...

—¿También a Nancy?

—Ella era mía..., me pertenecía... Era mi prometida, mi único golpe de suerte... No podía dejarla..., tenía que acompañarme al Más Allá.

Hawkins avanzó lentamente.

Barry Kingsley se apoderó de su «German-Luger».

—Voy a disparar, Harold.

—No..., no lo harás..., tú eres distinto... Tú honradez te pierde, Barry. Yo no tendré remordimiento en acabar contigo. Algo me impulsa a matar..., quiero ver el color de tu sangre..., tal vez esté realmente loco...

De pronto un ensordecedor ulular de sirenas resonó con gran estruendo. Varios focos se iluminaron en el jardín, centrando su luz sobre el *bungalow*.

Harold Hawkins giró, emprendiendo veloz carrera hacia el ventanal del salón. Profiriendo un grito infrahumano se lanzó sobre los cristales.

Se escucharon varias voces dándole el alto.

Y a los pocos segundos tres secos disparos.

Barry Kingsley, en el centro del salón, inclinó la cabeza. A sus labios asomaron torpes y mal recordadas palabras en oración por el eterno descanso de Harold Hawkins.

* * *

Los carnosos labios de Margaret esbozaron una sensual sonrisa.

—Eso quiere decir que, al mencionar a la policía que habías acudido al *bungalow* de Boyd, te salvé la vida.

—Es posible.

—Lo siento por ti, Barry.

Kingsley interrumpió el iniciado ademán de llevar el vaso de *whisky* a los labios. Dirigió una mirada a la muchacha.

—¿Qué quieres decir?

Aunque el sofá era suficientemente amplio, la joven se apretó más contra Kingsley. Éste percibió el turbador contacto del busto femenino.

—Al salvarte la vida, debes casarte conmigo.

—¿Yo?

—¡Claro! Es una vieja costumbre.

—Oye, nena...

—¿Sí, Barry?

Kingsley dudó.

¿Por qué protestar?

Los gordezuelos labios de Margaret estaban demasiado próximos. Se inclinó para buscarlos. Dejó el vaso de *whisky* para poder así rodear la cintura de la muchacha. Descendió los labios por el frágil cuello y las caricias se tornaron más audaces.

—Tengo miedo, Barry...

—Tranquila. Me casaré contigo.

Margaret se separó.

Bruscamente.

—¡No es a ti a quien tengo miedo, Barry! Me refería a la policía. Nos han vuelto a citar para prestar declaración. Pueden acusarme de complicidad. Yo encubrí a Harold cuando...

—No pueden acusarte, Margaret. Confiabas en Harold por no

considerarlo culpable. Al igual que la infortunada Nancy.

—¿Y tú, Barry? En Homicidios parecen muy satisfechos de poder involucrarte por ocultación de pruebas.

—Todo lo contrario, pequeña. Les he solucionado el caso. Tal vez me devuelvan la licencia. Me están muy agradecidos.

—¿De veras?

—¡Seguro! —exclamó Kingsley con irónica voz, que la joven no captó—. Dejemos eso ahora y volvamos a nuestra conversación anterior.

Unieron nuevamente sus labios.

Fue una conversación sin palabras.

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.